

“Giordano Bruno”

Dramatis Personae:

Giordano Bruno (Poeta, filósofo y científico)
Hamed (Moro granadino. Mercader de Saber y Amores)
Rosana (Jóven vendedora de flores veneciana. El gran amor de Hamed)
Valerio (Niño, tierno amante de Bruno)
Mocenigo (Mecenas veneciano)
Inquisidor Belarmino (Cruel, enjuto, brillante, de grandes cejas)
4 Brujas (Llegadas a Venecia huyendo de la Inquisición)
Clemente VIII (Papa)
3 Frailes
Sicarios, Guardias y Público

Acto I

Bruno llega a Venecia invitado por Mocenigo, conoce a Hamed y se instala en su casa. Oyen cantar a Rosana bajo su ventana. Sube Rosana y nace el amor entre ella y Hamed. Hablan todos del concepto de amor y de la ciencia. Mocenigo reprocha a Bruno su intención de viajar a Alemania y lo denuncia ante el tribunal de la inquisición por herejía. Los sicarios romanos van a detenerlo y Rosana y Hamed tratan de evitarlo huyendo hasta la isla de San Giorgio. Muere Rosana en una ermita abandonada.

Primer Cuadro

(Casa del mecenas veneciano Mocenigo)

Bruno: Buenas tardes señor. ¡Qué alegría verlo!

Mocenigo: ¡Mi querido Giordano! ¿Qué tal fue tu largo viaje desde Francia? ¿Cómo estás ahora?; ¿muy cansado?...

Bruno: Completamente recuperado y pleno de ilusiones. El viaje fue duro y accidentado, desde luego, pero los aires de Venecia prueban de maravilla en mi cuerpo y en mi espíritu. Señor, no encuentro palabras que manifiesten con claridad mi gran agradecimiento por su generosa invitación a mi humilde persona. En verdad, que ardía en deseos de volver a mi patria, después de tantos años en países extraños y fríos. ¿Y vos? ¿Cómo os encontráis?

Mocenigo: Mi salud no es tan buena como quisiera. El efecto de los años se manifiesta más que nada en mi memoria. A veces no recuerdo ni mi propio nombre y mi capacidad de razonar se enturbia, lo que me entristece en gran medida.

Hamed: El mal que os aflige señor lo sufren con frecuencia los hombres cultivados en el estudio y las artes. Dicen los grandes médicos de Al Ándalus que esta perturbación tiene su origen en un humor perturbador que se instala en el cerebro como consecuencia del desgaste de las sustancias que lo forman, lo cual es ocasionado por el mucho pensar y el uso de la sensibilidad. El frío condensa este humor y hace opacas las reacciones del pensamiento y la memoria.

Bruno: El remedio signore puede consistir en baños con vapores de agua perfumada con té silvestre y rosas. A veces este remedio consigue grandes mejoras. Debéis practicarlo señor al menos una vez al día.

Hamed: Tal dicen también los médicos moros.

Mocenigo: Seguiré vuestros consejos y espero encontrar alivio con este remedio. Pero ahora, signores, debéis perdonar mi torpeza. Seguramente el mal que me aqueja me ha hecho olvidar presentaros como corresponde a un huésped con educación y buenos modales. Signore Bruno tengo la satisfacción de presentaros a un gran sabio granadino, buen conocedor de la astronomía y matemáticas orientales, gran poeta y experto en las artes lúdicas del amor: Hamed Ben-Said que tiene la amabilidad de amenizar mis tristes veladas con sus grandes conocimientos y su arte.

Bruno: Es un gran placer signore.

Mocenigo: El es el gran Giordano Bruno, la gloria más resplandeciente de la filosofía y las ciencias de toda Italia. Supongo que sus grandes dotes en poesía os resultaran de gran interés y podréis compartir el gran placer de vuestra inspiración y conocimientos.

Hamed: Vuestro apariencia signore Bruno no hace sino confirmar las palabras de su excelencia, pues, como dicen en mi tierra, aunque el sultán se acomode en los últimos escaños de los patios, con él estarán el trono y la sabiduría. También es un gran placer para mí conoceros signore Bruno.

Mocenigo: Aún deberéis descansar y recuperaros completamente de vuestro viaje signore Bruno. Así que debéis perdonarme si parezco impertinente al preguntaros ahora por vuestros planes inmediatos. Pero la impaciencia por conocer novedades en la maravillosa búsqueda del conocimiento hace que me adelante y os pregunte, ¿en qué nueva teoría trabajáis ahora?

Hamed: Si no estáis muy cansado...

Bruno: No deben inquietarse por mí. Me encuentro perfectamente y deseando discutir con vuestras excelencias alguna nueva idea que me ronda la cabeza.

Mocenigo: ¡Decid de qué se trata!

Hamed: El signore Mocenigo y yo estábamos debatiendo las diferencias entre un santo y un hombre bueno, así como las características específicas de los milagros. Nuestra discusión había llegado a su fin, sin embargo. Contadnos pues, signore Bruno.

Mocenigo (*Desplomándose en su sillón*): ¿Qué hago yo aquí?... ¿Quiénes sois? Más, seáis quienes seáis por favor ayudadme a recuperar mi cordura, si es que alguna vez la tuve. Llevadme a mi lecho y dejadme descansar.

Hamed: Mosén Bruno, pronto, ayudadme. Hay que trasladarlo a su lecho y avisar a los criados.

Bruno: Temo que mi llegada lo haya excitado y reavivado su mal.

(Entre los dos lo llevan fuera. Luego vuelven a escena)

Hamed: No debéis sentir os culpable. Lo que habéis visto no es nuevo. Este accidente le sobreviene sin causa aparente, cada vez con más frecuencia, y lo mantiene luego en el lecho por espacio de algunas horas en las que sufre ausencia de razón y gran desasosiego. Sus criados saben lo que tienen que hacer, que no es gran cosa, y tratan de confortarle.

Bruno: Nadie conoce con certeza el origen de los males del espíritu. Tal vez la humedad eterna de Venecia o el no sentirse a la altura de sus raras bellezas pudiera ser la causa de la extraña enfermedad de nuestro mecenas.

Hamed: No es el mío. Yo no soy más que un mercader que trafica en asuntos del saber de oriente y en amores. Tuve que abandonar mi ciudad natal de Granada, expulsado con miles de los míos, pero ahora puedo ganarme la vida enseñando astrología y aconsejando en asuntos de amor.

Bruno: ¡Buena maestra tuvisteis en Celestina! Reina y madre de la república bondadosa del amor en vuestra patria y el mundo. Más decidme signore vuestra opinión sobre la razón por la que la noche es negra, un asunto que me mantiene en vilo últimamente. Dejando aparte la convivencia malvada de los hombres y las alegorías poéticas, no encuentro razón natural alguna que justifique que con el sol se nos vaya cada noche la claridad del día, en medio de un espacio infinito con tal cantidad de estrellas luminosas.

Hamed: Yo oí varias veces al gran sabio andalusí Aben-Pacem hablar de este problema. También a él la cuestión le parecía primaria y solía comentar que su continua consideración hacía huir el sueño de sus noches que se llenaban así de grandes claros de alba prematura. Quizá fuera esta la solución de este rompecabezas astronómico: El sueño podría atraer la oscuridad y la vigilia la luz. Si nadie durmiera durante la noche, quizá fuera esta clara como el día.

Bruno: La luz del universo y su distribución por los planetas nada tiene que ver con los hombres.

Hamed: Son planos complementarios de la realidad y ésta nada sería sin quien pueda observarla.

Bruno: ¿Mantenéis pues que todo el universo no es más que el producto de nuestra imaginación side Hamed? Vuestra mente es muy moderna signore. Tanto que deberíais haber nacido no en siglos tan peligrosos para la libertad como son estos, sino en alguno del futuro en el que Dios ya no blandiera una espada de venganza. Yo comparto plenamente vuestra concepción sobre la realidad de las cosas. Pero sabed que esta es una idea muy peligrosa. Divulgarla casi me costó la vida en la ciudad de Oxford. El peligro dimana de su implicación casi inmediata que dota de vida al universo mismo o que niega su existencia, ambas cosas contrarias a las Santas Escrituras, según los clérigos y cardenales. Pero nada de esto resuelve el problema de la oscuridad de la noche.

Hamed: Si lo hace, signore, si añadís la poesía como una parte más de la realidad creada por nuestra mente. Vos debéis saber, pues sois poeta también, que una fracción de nuestras experiencias está constituida por imágenes bellas y poéticas que pueden convertir la noche en una oscuridad profunda con sueños de luna llena.

Bruno: ¡Ay querido sabio moro! ¡Vos sí que sois un gran poeta! Pero seguramente erráis en vuestro hermoso juicio. Así parecen indicarlo, al menos, los mandatos de la nueva ciencia.

Hamed: ¿La nueva ciencia?

Bruno: Un grupo muy influyente de jóvenes sabios italianos mantiene que toda verdad natural es de naturaleza empírica y que sólo sobrevive cuando sale indemne de las pruebas de los instrumentos de los laboratorios y las observaciones del cielo y el interior de los cuerpos. Llamamos a este procedimiento método científico y rechazamos todo lo que no lo satisface como elucubración acientífica e infecunda. Son tiempos malos para la filosofía.

Hamed: Más parece un atentado contra la libertad de pensamiento que un procedimiento para reconocer la verdad. ¿Es que acaso los instrumentos no mienten? ¿Es tal vez más perfecta una lente que la lógica filosófica? Las artes también han producido verdades eternas.

Bruno: Todo puede ser.

Hamed: En cualquier caso, signore Bruno, ni siquiera el gran interés que para mí tiene poder hablar con alguien tan versado y creativo puede justificar mi falta de sensibilidad con un invitado que ni siquiera es mío. Debe usted descansar ahora.

Bruno: En verdad echaba de menos poder mantener una discusión tan gratificante. ¿Me permite considerarle y llamarle amigo?

Hamed: Nada podría satisfacerme más.

Bruno: Así pues, amigo mío, abramos el flujo maravilloso de la amistad entre nosotros y abandonemos para siempre la agotadora carga de las fórmulas sociales.

Hamed: Gracias amigo. Esta nueva luz me hace muy feliz. Ahora debes retirarte a descansar. Yo velaré la recuperación de nuestro huésped mientras tanto.

Bruno: Me temo que dadas las circunstancias no sería prudente que me hospedara en la casa de mosén Mocenigo. Deberé buscar un lugar más adecuado; tal vez una pequeña casa en el campo.

Hamed: De ninguna manera. Puesto que somos amigos, mi casa será la tuya. Se acabó tu búsqueda. Yo no sabía...

Bruno: No quisiera importunarte. Quizá tengas mujer e hijos con los que deberías consultar.

Hamed: Desgraciadamente vivo sólo. De ahora en adelante, serás mi compañía cuando tú lo desees. La casa es suficientemente grande y yo sabré respetar tu intimidad. Las estancias que ocuparás tienen además una entrada independiente. Allí estarás bien y yo seré feliz.

Bruno: Te agradezco el ofrecimiento más incluso por la oportunidad que me das de poder tenerte como compañero y amigo. Acepto con alegría este regalo inesperado (*Se abrazan*).

(*Aparece Mocenigo*)

Mocenigo: Esta vez me he recuperado muy pronto de mi terrible, aunque pasajera, locura. Espero que esto sea señal de que el mal va remitiendo y me permite, desde luego, reanudar el cumplimiento de mis obligaciones para con ustedes.

Hamed: De cualquier manera, signore Mocenigo, vos deberíais descansar también ahora. Nosotros ya nos marchamos a mi casa pues Bruno ha aceptado vivir en ella y tiene por tanto que instalarse.

Bruno: Así es signore.

Mocenigo: Agradezco vuestra comprensión y sensibilidad. Espero que pronto vuelvan por aquí a visitarme.

Bruno: En cuanto tengamos noticias de que os encontráis de nuevo en perfectas condiciones.

Mocenigo: Que así sea. Ardo en deseos de oírlos. Preparaos signore a relatarme otro día vuestros interesantes viajes y nuevas visiones y teorías.

Hamed: Así pues, hasta pronto excelencia.

Bruno: Adiós.

(*Salen Bruno y Hamed. Telón*)

Segundo Cuadro

(Sala de la torre de la casa de Hamed. Hay un amplio balcón abierto. Hamed y Bruno discuten animadamente sobre unos papeles.)

Bruno (*Señalando algo en los papeles*): Lo que ves cerca de la Estrella del Norte cuando miras al cielo no es una nube luminosa o iluminada, creo que se trata más bien de muchas estrellas muy lejanas. Es un efecto de distancia y perspectiva.

Hamed: ¿No será vaho de Dios?

Bruno (*Riendo*): Dios no asoma las orejas por el universo. El universo y Dios son la misma cosa.

Hamed: ¿O la proyección de los versos de Homero?

Bruno: Querido Hamed. Todo lo que hay por el cielo es material. Nada más que materia.

Hamed: La Luna sin embargo es cosa de poetas y soñadores.

(Por el balcón abierto se oye una voz cantando)

Voz:

Rosas, petunias y dalias
Claveles y clavellinas
Yo vendo para las damas.

Para los caballeros, lilas.

Flor de la flor de albahaca
Crisantemos, siemprevivas
Las vendo para las ánimas.

Jazmines para las niñas.

Yo vendo flores señores
Republicanas y lindas
Mis flores son sus amores
Sus monedas son mi vida.

Bruno: ¡Qué voz tan bonita tiene esa joven!

Hamed: Cada día viene a vender flores bajo mi ventana. Y cada día canta canciones.

Bruno: ¿Le compras?

Hamed: Cada día.

Bruno: ¿Algún amor?

Hamed: Ella es mi vida.

Bruno: ¿No es muy joven para ti?

Hamed: Los moros sólo se enamoran de las niñas.

Bruno: ¿Le has declarado tu amor?

Hamed: En esta república estaría mal visto. Ella... ¡Calla! Ya canta otra vez.

Voz:

En lo alto de esta torre
Vive un señor misterioso
Los ojos negros, de fuego
Del más bello de los moros.

En lo alto de esta torre
Vive quien me da la vida
Compra mis bonitas flores

Y deja mi alma encendida.

Bruno: ¡Ella te ama!

Hamed: Lo se. Pero...

Bruno: Te alegraría los años de tu madurez.

Hamed: Ella es cristiana y muchos se opondrían a nuestro amor.

Bruno: ¿Y tu eres un poeta? ¿Un poeta árabe? La vida no reparte regalos así con frecuencia. Tráela a tu casa. Ella será feliz y tu más. Olvida las murmuraciones y se valiente que luego vendrán la vejez, la tristeza y el olvido.

Hamed: Gracias amigo. Tu aprobación vale más para mí que todas las críticas y desafueros contra mi raza.

Hamed (*Canta desde el balcón*):

Te requiero de amores
Niña pobre veneciana
Yo vendo amor; tu, flores
Bajo mi ventana

Rosana:

Dicen que tus amores
Dulce moro de Granada
No son más que pasiones
Pasajeras y sonámbulas.

Hamed:

Campanile de las doce
Ven a lavarte la cara.
Espera, no llores,
gondolilla del alba.

Rosana:

Soy de los números nones
Y no conozco las lágrimas.
Sólo navego entre flores.
No me busques por el agua

Hamed:

Besos por flores yo cambiaría
Reina de amores del alma mía.

Rosana:

Eco de voces que te dirían:
No te enamores de una chiquilla.

Hamed:

No te mojes el vestido
Niña pobre veneciana
Si te casaras conmigo
Los dos seríamos agua.

Rosana:

Cómpreme flores amigo
Que te las vendo baratas
Un beso por cada rosa
El mundo por cada dalia
Jazmines por las sonrisas
Por un narciso miradas.
Petunias doy por cariño;
Por tu corazón flores blancas.

Hamed:

Y por testigo yo llevaría
agua del río del alma mía

Rosana:

Claveles míos y clavellinas.
Del sur los lirios y siemprevivas.

Desde que te ví
Siempre pienso en ti
Moro andalusí.

Hamed

Desde que te oí
Has sido la luna
Que llora el Geníl.

Rosana: ¿Qué quieres de mi señor?

Hamed: Te quiero a ti.

Rosana: ¿Más que a ninguna señor?

Hamed: Sólo a ti. Tira tu cesto al agua del canal y sube con nosotros. Vivirás en esta casa que será la tuya y cada día compraré flores para ti.

Rosana: ¿Sin casarnos mi señor?

Hamed: Haremos un sagrario con espuma de agua del mar y en este sagrario nos casará un amigo. Él fue monje y ahora es sabio. Pero si tú quieres haré que nos case el Papa.

Rosana: Confío en ti side. Yo se que un moro andalusí no es amigo de traiciones y mentiras.

Hamed: ¿Cómo podría yo rechazar este regalo postrero de la vida? Ven arriba, corazón mío.

Rosana: Subo contigo señor, pero llevaré mis flores.

Bruno: ¡Día grande en tu vida, Hamed!

Hamed: Yo, como si fuera un niño

(Entra Rosana)

Rosana: Buenos días caballeros.

Hamed: ¡Amor mío! Será con piedra blanca con la que marque este día luminoso. Acompáñame Rosana. *(La lleva de la mano junto a la ventana)* Deja que contemple a la maravillosa luz de la mañana la perfección de tus ojos ingenuos de esmeralda de Zacatín, el contraste nítido con la luz de tu perfil inocente y de tu roja boca, siempre sonriente. Deja que me llene de contento la contemplación de tu cuerpo de gacela de la aurora. Deja niña tus manos en las mías para que me inunde el milagro de la vida. *(Pausa)* Este caballero es Giordano Bruno, doctor y creador en todas las ciencias, muy querido por mí y muy amigo mío.

Bruno *(Besándola)*: Y desde este momento y para siempre lealísimo amigo tuyo también. Haz feliz a este gran hombre; es bueno y valiente como no he conocido a ninguno. Y te ama tiernamente.

Rosana: Y yo a él también. Me enamoraron sus bellos ojos, negros y profundos, el mismo día en que vino a vivir aquí. Me enamoró su porte distinguido y la suavidad de su trato. Me enamoró su acento lejano y dulce al hablar. Y, en fin, me enamoró todo él, siempre dirigido más allá del horizonte. Yo, señores, no hace mucho tiempo que aún me divertían los juegos de niñas. Pero de pronto me faltaron mis padres a los que se llevó, uno tras otro, la peste. Y, sola en el mundo, preservé mi honra, trabajando en la venta de flores, donde las gracias que pregonan de mi persona y mi voz me hicieron prosperar. Si voy a vivir aquí ahora, creo que ganaré a la vez un amante esposo en Hamed y un padre en vos, signore Bruno. Yo, a cambio, le daré a él las gracias de mi cuerpo y a vos, el amor de una hija.

(Los tres se abrazan)

Hamed: Todo es amor lo que nos ofreces. El amor y la vida.

Bruno: Amor es un concepto alto tal vez en demasía. Me basta a mí con la devoción y el cariño. ¿Qué entiendes tú por amor amigo?

Hamed: Amor es ciertamente la liviandad del cuerpo y la exaltación del espíritu que ahora yo siento. Es flotar por entre las leyes de las ciencias y las artes en pos de un rostro que apenas puedes recordar pero del que conoces todos los detalles.

Bruno: ¿Y para ti qué es amor querida Rosana?

Rosana: Señor, amor es ternura. Ternura y deseo de proximidad del ser amado: Admiración y entrega, ansias de desaparecer como individuo y reaparecer como un par indisoluble.

Bruno (Riendo): Ya comprendo. Ya comprendo. ¿Y no es amor el afán por conocer los secretos de la naturaleza? ¿La inquietud y el impulso sincero por los que nada pueden? ¿El compartir voluntariamente nuestra vida con los seres deformes e imbéciles? ¿No es también amor todo esto?

Hamed: Sin duda Giordano. Todo eso y, sin duda, mucho más es amor. Pero no seas, señor, aguafiestas. Este no es momento para filosofías sino para sentir. Sentir felicidad y compartirla. ¿No añoras el amor de una mujer o eres, como dices de Dios, sólo un gran matemático? (*Ríe*)

Rosana (Sentándose en el suelo con las piernas cruzadas y arrastrando a Hamed hasta la misma postura): Admirado profesor, imparte tu lección sobre el concepto de amor y la clasificación de los amores a estos tus humildes discípulos, pues nada sobre ello sabemos.

Bruno (Riendo): Está bien. Está bien. He comprendido. Soy un teórico según vosotros. Y la teoría nada vale frente a la praxis que vosotros experimentáis y que yo, por cierto, también experimento en el amor de dos amigos.

Hamed: En serio Bruno, ¿No has estado nunca enamorado?

Bruno: Siempre. Desde que me recuerdo veo en mí a un enamorado. Y aunque no precisamente de mujer, puedo poner nombre a mis amores: Dios primero, luego el Mundo, después el Universo y los infinitos otros Universos cuyos nombres he soñado: Ulises, Aquiles, Patroclo, Héctor, las innumerables Mónadas y ¡siempre la vida! Todas estas cosas y aún otras más me han hecho sentir los impulsos y exaltaciones que vosotros decís que un enamorado siente.

(Se oyen músicas, estampidos y gritos en la calle. Es la Fiesta del Amor y la Cultura que los venecianos celebran ruidosamente.)

Rosana (Asomada al balcón): Es la Fiesta del Amor y La Cultura. (*Bruno y Hamed se asoman también*) Ved las parejas de enamorados jóvenes, maduros y ancianos cómo se contentan y cantan y bailan. Y cómo suenan las fanfarrias y tamboriles. Aquí se reúnen parejas que vienen de toda Italia. La algarabía y el contento dura hasta bien entrada la noche, por todas las calles y canales.

Bruno: Decías Rosana que es también la fiesta de la Cultura.

Rosana: Si. Se festejan los libros y el saber que contienen. Especialmente es el día de Gutenberg y los impresores. Mirad allí aquel hombrecillo que lleva a cuestas una pequeña imprenta y como la hace funcionar. Ved como su ayudante recoge las hojas impresas.

Hamed: ¿Sabes qué dicen los papeles?

Rosana: Son poemas de amor. Los compone aquel joven poeta que va detrás y de viva voz se los dicta al impresor. Son poemas dedicados a las parejas más famosas de Italia. ¿Veis como la gente se arremolina a su alrededor? Le están pidiendo que la máquina escriba sus nombres y sus aventuras.

Hamed: Señores, esta es nuestra fiesta también. La fiesta de los tres: Amor, libros, poesía e ingenios de futuro.

Bruno: Lo es. ¿Veis como asoma ya la primavera por todas partes?

Rosana (Empieza a bailar): Bailemos nosotros también al son de esa música. (*Canta*)

Dulce santo del amor
Visítanos cada día
Y cuando se ponga el Sol
Enséñanos tu sonrisa.

Hamed:
Danos la vida de amor

Bruno:
¡Y las oscuras caricias!

Rosana:

Viejo santo del saber
Enseñame poesía
Para que pueda entender
Porque se ama la vida

Bruno:

Besos del atardecer

Hamed:

Promesa de amanecida.

(Todos ríen. Hamed y Rosana se abrazan.)

Bruno *(Asomándose al balcón)*: Mirad. Viene una boda: El novio, la novia y un clérigo. Los siguen todos los chiquillos de Venecia.

Rosana: Son los novios de Roma y el Santo. Los casará más tarde en la plaza.

Hamed: ¿Un legionario del César?

Bruno: ¿Con una cristiana?

Rosana: Si. Seguro que habéis oído la cancioncilla que cuenta sus amores.

Bruno: No la recuerdo. Por favor, cántala tú Rosana.

Rosana:

En el Foro de Roma
En la plazuela
Un soldado romano
Que duerme y sueña.

En el cuore de Roma
En la fontana
Una niña bonita
Que bebe agua.

Y al caer la tarde
Se habrá casado
La linda muchacha
Con el soldado.

Como padrinos
Van oficiando
La Virgen María
Y Poncio Pilatos.

Vestales alegres
Y las monjitas de un santo
Van y vienen por el Foro
De Augusto y de Trajano.

Y cada vez que sale el Sol
Hay en la villa un milagro
Emperadores soberbios
Y un dios pagano de mármol
Persiguen por las callejas
A los mártires cristianos
Mientras el Papa apaga
Las luces del Vaticano.

Y cuando llega la noche
Se queman los calendarios
Y un aquelarre de dioses
Verdaderos y paganos
En busca de oscuridades
Se van al Tíber bailando

Mientras el Papa enciende
Las luces del Vaticano.

(Al acabar la canción Bruno hace mutis)

Hamed: Son como nosotros. Tú y yo, los novios y el Santo, Giordano.

Rosana: ¿Participamos en la fiesta? ¿Quieres?

Hamed: De todo corazón.

(Se abrazan)

Bruno *(Sale a escena con una bandeja con vasos y pasteles)*: Con las flores de Rosana, vino y pastelillos, vuestra boda estará cumplida. Yo oficiaré la forma.

Hamed: ¿Aún eres clérigo?

Bruno: Soy un fraile excomulgado.

Rosana: Mejor así que nos unen el Dios de las Iglesias y el Corán y todos los Dioses paganos.

Hamed: Venga esa novia con flores y yo con Mahoma del brazo.

Bruno: Aquí, pronto, arrodillaos.

(Hamed y Rosana se arrodillan cogidos de la mano)

Bruno: Queridos jóvenes la naturaleza así lo quiere. Si vosotros deseáis uniros, Dios también lo desea.

(Música alegre en la calle)

Bruno: Yo certifico esta alegría. Ya sois para siempre carne común y espíritu compartido.

Hamed: ¿Ya está?

Bruno: Ya está. Esposa y esposo sois en el nombre de la naturaleza. No podríais desear unión más estable ni certificado que más otorgue. Sed felices en vuestro amor in veritate ad aeternum.

(Telón)

Tercer Cuadro

(Habitación de Bruno. Este está leyendo un libro sentado en un sillón. Como una exalación, entra de pronto Mocenigo lleno de furor)

Mocenigo: ¿Cómo es esto mosén Bruno? ¿Viajáis a Frankfurt? ¿Quién os aconsejó tal locura?

Bruno: Calmaos signore. Se trata tan sólo de una corta visita a mi librero. Tengo que publicar mi obra sobre el universo infinito en ciertos países lo que requiere mi firma y ciertas correcciones que debo introducir. Pero volveré a Venecia en cuanto termine estos pequeños menesteres.

Mocenigo: ¿Es que tal vez Venecia no os ofrece Mosén Bruno las mejores imprentas para que tengáis que volver a Frankfurt a publicar vuestra obra? ¿Creéis quizá que mi memoria flaquea tanto que no recuerdo los nombres de nuestros grandes impresores venecianos? Vos queréis huir pero a fe que no lo permitiré.

Bruno: ¿Huir de Venecia? ¿Huir del lado de mis amigos? No excelencia. Nunca antes estuve mejor que aquí. Se trata tan sólo de asuntos de negocio. Os aseguro que mi presencia en Frankfurt es absolutamente necesaria. Pero volveré enseguida. No os inquietéis. Tampoco a Hamed y Rosana les gusta que me ausente. Ellos temen por mi salud.

Mocenigo: No es vuestra salud precisamente lo que a mí me preocupa, sino la mía. He sabido que estáis difundiendo ciertas ideas contrarias a las santas escrituras. Hasta por el mercado lo dicen. Vos sois mi protegido y si cometéis herejía yo soy responsable también del delito. No lo puedo consentir. Sería una excelente oportunidad para los obispos de quitarme todo mi oro.

Bruno: ¿Herejías?

Mocenigo: Si. Herejías como eso de ir diciendo de forma asaz imprudente por todas partes que han existido un número infinito de Cristos visitando vuestros malditos infinitos universos o que cada Universo es consustancial con Dios, ¿es que acaso creéis que existen infinitos dioses, maldito napolitano?

Bruno: Vos sabéis que sólo salgo de esta casa para visitaros a vos o para comprobar las novedades de los libreros con los que jamás he discutido sobre temas peligrosos. Hamed y Rosana son mis fieles amigos en los que debemos confiar ciegamente. No puedo creer lo que decís. Nadie fuera de nuestro círculo ha podido conocer nada de las cosas que nosotros hablamos.

Mocenigo: Aunque así fuera. Tus desvergonzadas ideas pesan amargamente en mi conciencia. No quiero compartir estas herejías.

(Entran Rosana y Hamed)

Rosana: ¿Qué ocurre?

Hamed: ¿Acaso ha empeorado vuestro mal, signore?

Mocenigo: ¡Cierra tu impía boca infiel! A ti te deben llenar de contento los ataques de este hereje contra nuestra religión. Y tú, muchacha descarriada, ¿cómo puedes confabularte contra la religión que te enseñaron tus padres?

Hamed: Sin duda sois presa de un acceso de vuestra extraña locura excelencia. Vos nunca nos habéis hablado así. Participabais como los demás en nuestras conversaciones y vos mismo habéis expresado opiniones contrarias al dogma de la Iglesia. ¿Qué os ocurre ahora signore? Permitidnos acompañaros hasta vuestra casa donde podréis descansar y reponeros de este inusitado trance.

Mocenigo: Me encuentro mejor que nunca. No apeles a mi pretendida locura, moro maldito.

Rosana: Él fue siempre bueno con vos. No seáis injusto signore.

Bruno: Dejad en paz a mis amigos. Si entre nosotros hubiera algún hereje, ése sería yo. Sólo yo. Pero volved en vos, Mocenigo, os aseguro que nadie fuera de nosotros ha podido conocer el contenido de nuestras conversaciones.

Mocenigo: Si. Si. Reconozco que cometí el error de debatir con vosotros sobre temas peligrosos. Y ahora me invade el temor de que mis propios criados nos hayan escuchado. Y bien sabéis la perfidia de esos villanos. Siento que estoy en sus manos. Tú no puedes marcharte ahora dejándome como el único culpable de tu herejía ante el poder de la Iglesia. Nunca lo permitiré. Antes os denunciaré al santo tribunal de la Inquisición.

(Sale Mocenigo)

Hamed: ¡Maldito cobarde! ¡Cuánto te pareces a los perros que me robaron mi casa y mi huerto en Granada!

Rosana: Querido amigo Giordano. No temas nada. Hamed y yo no te abandonaremos nunca.

Bruno: Es un alma pusilánime. Ya debe estar en camino del palacio del prelado. Pronto me llegará la denuncia.

Hamed: Huyamos pues todos a Francia, ahora que aún estamos a tiempo.

Rosana *(Asomada a la ventana)*: Demasiado tarde. Debió hacer la denuncia antes de venir aquí ya que hay guardias apostados en la puerta de abajo.

Hamed: ¡Por la otra! Pronto, escapemos por la otra entrada de la casa.

(Salen todos deprisa. Se oyen ladridos. Telón)

Cuarto Cuadro

(San Giorgio, pequeña villa muy cercana a Venecia. Bruno, Hamed y Rosana, huyendo de los sicarios de la Iglesia, se refugian en una pequeña ermita abandonada.)

Bruno: Nos vienen pisando los talones. Quizá aquí podamos desorientarlos.

Hamed: En cualquier caso, tenemos que descansar. Rosana ya no puede más. Está agotada. Aquí podremos reponernos.

Bruno: Entrad amigos. Es un lugar sagrado donde hasta los peores criminales estarían protegidos.

Hamed: Cuando se trata de asuntos de herejía, ninguna protección vale. (A *Rosana*) Tumbate sobre estas lanas. Ahí podrás reponerte mejor, amor mío. Parece que no hay nadie por aquí.

Rosana: En un minuto estaré de nuevo dispuesta a continuar nuestra huida. Ven aquí conmigo amado Hamed. Tú también pareces maltrecho. Nosotros somos peores que criminales, Giordano; somos reos de herejía buscados por la Inquisición.

Bruno (*Mira por un ventanuco al exterior*): No se ve a nadie. Tenemos unos minutos preciosos para descansar y pensar nuestra estrategia. (*Saca un trozo de pan y queso de una bolsa*) Tomad. Esto repondrá nuestras fuerzas. Si no nos descubren ahora, cuando sea de noche quizá podamos escapar... ¡Aquí hay agua! (*Les lleva agua en un vaso. Hamed y Rosana beben con avidez*) ¡Dios nos provee, amigos!

Hamed: ¿Nos provee o nos persigue?

Rosana: No digas eso niño moro. Dios nada tiene que ver con estas cosas. No permitas que la debilidad de nuestros cuerpos nos traicione. Tú que me has convencido de que Dios y Alá son lo mismo, ¿vas a creer ahora que Alá nos persigue?

Hamed: Ya abandonó a mis hermanos muchas veces. El hipotético creador de todas las especies es un ser muy extraño. Como si fuera un niño extraviado, cuánto más tratas de acercarte a él, más parece rechazarte.

Bruno: No debes desesperar Hamed. Descansemos ahora y ya veremos que ocurre. La naturaleza juega a menudo con sus criaturas y les hace tomar mal por bien, lo imperfecto por lo perfecto. ¿Pero quién puede conocer su destino si este está determinado por infinitas estrellas que ni siquiera podemos ver? No somos más que leves ráfagas de un alma que se desliza brevemente por el espacio infinito.

(*Hamed y Rosana se han quedado dormidos*)

Bruno: ¡Descansad pobres amigos, arrastrados por mí a la huida y al sufrimiento! Yo también dormiré un poco (*Se recuesta en el suelo y se duerme enseguida. No tarda en despertarse*) Se oyen pasos apresurados fuera. Son los sicarios. La hora de nuestro destino se acerca y, ya inmediata, atemoriza mi corazón. Más quizá podría salvar aún a mis amigos, separar su destino de la influencia nefasta que me acompaña. Me entregaré pacífico a esos incansables perros de presa, haciéndoles ver que mis amigos consiguieron escapar antes de su llegada.

(*Cuidadosamente cubre a Hamed y Rosana con una vieja tela y sale. De inmediato se oyen gritos y ruido de violencia. Después se abre bruscamente la puerta y entran tres sicarios llevando prendido a Bruno con una pequeña herida en la frente.*)

Hamed: ¿Qué ocurre?

Rosana: ¿Es una pesadilla esta visión inesperada?

Hamed: No Rosana. Los sicarios han conseguido apresar a Giordano y nos han descubierto.

Rosana (*Coge la espada del cinto de Hamed y se lanza sobre los sicarios*): Dejad a nuestro amigo. Dejadlo.

Hamed: ¡Rosana!

Bruno: No seas loca y entrégate. Tú no tienes nada que temer. Los clérigos creen que las mujeres no tienen inteligencia suficiente para cometer herejía.

Rosana (*Hiriendo levemente al que lleva a Bruno*): ¡Suéltalo maldito!

(*El segundo sicario atraviesa el pecho de Rosana con su espada*)

Hamed: ¡Rosana! ¡Niña mía! ¡Oh desgracia que no puedo creer! (*La abraza en el suelo*) ¡Alá perdóname y sálvala de la terrible muerte! ¿No ves que no es más que una niña, señor misericordioso? No te mueras florecilla. Mírame. Mírame...

Rosana: Ya no puedo verte mi señor. Escapa amor mío y conserva siempre el perfume de mis flores. (*Muere*)

Hamed (*Agarra por el cuello al segundo sicario y trata de ahogarlo.*) ¡Era sólo una niña! ¡Era todo mi amor! Pagarás con tu muerte maldito sicario de la oscuridad la suya y la de tantos hermanos asesinados (*El tercer sicario le golpea por detrás en la cabeza dejándolo sin sentido.*)

Bruno (*Debatiéndose*): ¡Dejadlo vivir! ¡No lo matéis a él también, os lo ruego! (*Volviéndose hacia el cadáver de Rosana*) ¡Ay niña hermosa, voz de ruiseñor, risa de flores! ¿Por qué diste tanta hermosura por salvar a un hombre a punto de despeñarse en el abismo? ¡Ay qué fácilmente se convierte el sol en sombra, la luz en tiniebla! ¡Cuán súbitamente se torna tal

cantidad de vida en un muñeco inmóvil: la nada fría sobreviene en un instante! (*Mira el Crucifijo colgado en una pared*)
¡Una vez más sangre derramada a tu sombra! Una vez más muerte por tu interpretado sacrificio, por tu loco sueño traicionado. ¡Ay de ti pobre Cristo paralítico! ¡Ay de ti imagen de original dudoso! ¡Pobre carpintero inocente de nuevo convertido en inductor al crimen!

(*Los sicarios arrastran a Bruno y Hamed afuera, dejando abandonado el cadáver de Rosana. Telón*)

Acto II

Bruno y Hamed son detenidos y conducidos a la cárcel a cuya entrada Hamed llora amargamente la muerte de Rosana. Hamed huye por el Puente de los Suspiros y se propone enterrar el cuerpo abandonado de Rosana y asesinar a Mocenigo. Hamed vuelve a la ermita y, ante el cuerpo de Rosana, tiene un encuentro, tal vez soñado, con unas brujas. Bruno es retenido y juzgado sumariamente antes de su traslado a Roma.

ACTO II

Primer Cuadro

Cárcel de los Plomos de Venecia, la cual Hamed no llegaría a conocer, protagonizando una audaz fuga en el Puente de los Suspiros que une el Palazzo Ducale a la Cárcel de los Plomos. Desde los grandes ventanales del puente se ve la Isleta de San Giorgio, en cuya ermita abandonada se consume el cadáver de Rosana.

(*Ponte dei Suspiri. Encadenados a una columna de uno de sus miradores están Bruno y Hamed.*)

Hamed: ¿Por qué nos habrán dejado aquí los guardias?

Bruno: Creo que han perdido las llaves de la Cárcel y los imprudentes han ido a buscar otras al Palazzo. Nos dejan en el lugar más hermoso de Venecia. ¿Ves? Allí al fondo está la isleta de San Giorgio, donde nos apresaron y se consumió nuestra triste desgracia. ¡Cuánta belleza al lado de tanto dolor y villanía!

Hamed: Puedo ver la vieja ermita donde desde hace diez días se corrompe el cadáver de Rosana.

Bruno: Si. Es posible distinguir su vieja torrecilla.

Hamed: ¡Palomilla atravesada, tirada allí sobre aquel suelo frío y abrupto, pasto de las ratas y de las alimañas de las frías piedras de la noche! Florecilla marchitándose en la atmósfera impía de los frailes muertos... ¡Alma mía, alma mía, tan joven y tan sabia eras que abrazarte era abrazar el origen de la vida! La humedad de la noche llenará de lágrimas sus lívidas mejillas y buscará el blanco pálido de la margarita de su tenue calavera.

Bruno: ¡Pobre niña ya propiedad absoluta de la muerte!

Hamed: ¿Qué será de sus hombros, de sus brazos y de sus pechos? ¿Habrán empezado ya a retraerse hacia los transparentes huesos que fueron siempre inaprensibles? ¿Qué será de sus desamparadas manos tan solitarias ahora, tan imposibles de imaginar detenidas y ausentes de caricias? ¿Qué buscarán sus manos en el vacío infinito de la muerte? ¿Qué cruel e impuro proceso podrá transformar su vientre y sus caderas en podredumbre, sus muslos y tobillos en una colección de huesos desordenados? ¡Ay niña de flores, qué sola estarás ahora, qué silenciosa, qué reducida y fría!

Bruno: ¿Cómo saber lo que podría yo hacer para aliviar tu necesario dolor si tus amargas quejas también horadan agujeros sin fondo en un alma mía ya atravesada por mi propio dolor? ¡Pobre amigo mío y pobre chiquilla tratada tan sin piedad por el destino! ¡Ay valerosa criatura que dio su vida por amistad! ¡Por amistad a mí! ¿Por qué no comprendiste niña Rosana el valor incomparable de ti misma?

Hamed: Ella era el fluir de la sangre caliente de la vida, la alegría de la juventud. Era como el frescor de una parra en el verano, la hermana preferida de las flores.

Bruno: ¡Ay Hamed mi tierno amigo y camarada filosófico, cuenta los meses y los días que con ella estuviste y luego dí: mi vida duró justo esos días y esos meses; ni más ni menos! Y aún así habrás vivido mucho más que todos los hombres.

Hamed: Pero aún siendo así, ¿Cómo es posible renunciar a los despertares vibrantes junto a su cuerpo, a su inteligente inocencia? ¿Cómo renunciar a su voz y sus caricias, a su olor silvestre, a su verdadera valentía, a su risa de mujer enamorada? ¿Cómo es posible asumir esta nueva pérdida, esta insoportable agonía en una vida ya acostumbrada a la derrota? Ella era mi nueva patria.

Bruno: ¡Oh, amarga e inevitable sima de sufrimiento! ¡Piélagos de dolor! Hoy todos los universos lloran por la tierna palomilla.

Hamed: Alá se por una vez misericordioso y clemente y aparta de este mundo mi ya inútil y despeñada vida. Ya no veo Giordano más solución ni tengo otro propósito que quitarme la vida.

Bruno: Ella querría que estuviéramos juntos, que los dos nos ayudáramos. Aparta Hamed de ti esos pensamientos funestos aunque no sea sino por la cuota de silencio que tu muerte traería sobre la fama de Rosana. Ella se merece que la canten, que nadie de los que la conocieron renuncie a contar al mundo sus infinitas gracias y virtudes. Y tú, Hamed, mucho menos. Mantén firme pues la determinación de conservar intacta su memoria y no contribuyas aún más con tu muerte a la suya.

Hamed: Ay querido Giordano, ni siquiera tu infinito talento y tierna amistad podrán amortiguar mi dolor y determinación, pues la intensidad de este dolor corresponde a una tan desgraciada causa.

Bruno: ¡Pobre amigo mío!

Hamed: Sólo una cosa podrías hacer ahora que me favoreciese: Golpearme hasta que pierda el sentido y las caliginosas sombras de la inconciencia encubran este daño insufrible. Y si tal cosa hicieses, después no me dejes despertar nunca en la mazmorra oscura donde nos han de llevar al cabo. Un lugar donde sólo será posible mirar hacia el interior de nuestras almas.

Bruno: Vuelve en ti Hamed. ¿Cómo podría yo cometer tal acción contigo?

Hamed: O usa en este definitivo apátrida el gran poder de tu mente hipnotizándome.

Bruno: La magia que conozco sólo sirve para asuntos que conciernen al conocimiento de las cosas naturales. Pensemos amigo en actos más de provecho para el alma de los tres.

Hamed: Aunque a decir verdad creo que la terrible obstinación del dolor no cesa ni aún en el sueño o la inconsciencia del que lo padece.

Bruno: A veces las palabras crean una pantalla ruidosa de sonidos que confunde el normal discurrir del pensamiento. Puede que estemos, amigo mío, perdiendo una oportunidad y un tiempo preciosos.

Hamed: ¿Qué quieres decir?

Bruno: Escúchame con atención lo que tengo que decirte Hamed. El cuerpo de Rosana está insepulto y así permanecerá hasta su corrupción completa, a menos que uno de nosotros escape y de a nuestra amiga lo que merece: una sepultura digna. Este debe ser ahora nuestro único empeño. Entre los dos debemos preparar la fuga de uno de nosotros. Y por juventud, fuerzas y motivo has de ser tú quien escape.

Hamed: ¿yo?

Bruno: Si tú. Pero para ello precisaremos de todas nuestras fuerzas, ingenio y atención. El cuerpo de Rosana no podrá librarse de tan espantoso designio si en tu mente está instalada la idea de la propia destrucción. No será de ayuda alguien tan derrotado y egoísta que sólo es capaz de pensar en el suicidio, en huir cobardemente del dolor. ¿Qué me dices Hamed? ¿Querrás prestarle a ella este último servicio?

Hamed: Dicen que esta cárcel no tiene salidas y que nadie antes pudo escapar de la misma.

Bruno: ¿Le negarás a Rosana este mínimo derecho?

Hamed: No le negaré. ¿Cómo podría?

Bruno: Tal vez nuestra atención deba concentrarse en la entrada más que en las salidas de esta cárcel.

Hamed: Aunque bien se trasluce la verdadera intención que se esconde tras lo que dices, en verdad que el significado inmediato de tus palabras enciende una determinación en mi espíritu que hasta ahora imposibilitaba mi gran desconcierto.

Bruno: Más que la amistad, es la justicia quien habla por mi boca.

Hamed: Tienes razón amigo y te agradezco el orden que has traído a mi mente. Te digo que desde ahora no habrá más voluntad en mi que la de satisfacer este razonamiento y, así, conseguir escapar de estas cadenas para enterrar el cuerpo abandonado de Rosana.

Bruno: ¡Bien dicho!

Hamed: Y puesto que ya mi juicio discurre de nuevo, te diré también que el que hasta ahora sólo fue servidor de amor y pensamiento, a partir de este momento ha de ser también brazo ejecutor de la venganza que la gran traición de Mocenigo sin duda merece. He de matarlo en cuanto el cuerpo de Rosana descansa en la tierra.

Bruno: Mocenigo es un cobarde por el que no cumple arriesgarse, Hamed.

Hamed: Los campesinos acaban con las alimañas. La venganza es un derecho natural de los hombres a los que se les arrebató su patria. Tú sabes que yo tengo dos veces este derecho.

Bruno: Pues ya vuelves en ti y discurre de manera acertada, debemos apresurarnos en considerar nuestro acordado empeño. Repara así en que no encontraremos una ocasión más propicia para satisfacer nuestro propósito que la que nos ofrecerán nuestros perezosos guardianes cuando nos desaten de este mirador para llevarnos al interior de la cárcel.

Hamed: ¡Es cierto!

Bruno: La corriente de agua que discurre debajo de este puente y la oscuridad que ya ensombrece Venecia serán nuestros mejores aliados. Atención pues al momento. Por ahí vienen ya los esbirros de la prisión con las llaves.

Hamed: Es una oportunidad que nos ofrece la estupidez de los guardianes. Si. Debemos aprovecharla. No habrá otra como esta.

Bruno: Atención que ya llegan. Mira, vienen borrachos. ¡Tenemos un nuevo aliado!

Hamed: Estoy preparado. Mucha suerte querido Giordano.

Bruno: Mucha suerte querido Hamed.

Bruno: Ya están aquí.

Hamed: Vendré luego a liberarte. Preserva tu vida y tu salud.

(Llegan los guardianes. Abren la cerradura de las cadenas y Bruno y Hamed quedan libres por un momento)

Hamed: ¡Ahora es el momento!

Bruno *(Se lanza sobre el guardián que vigila a Hamed que cae al suelo):* ¡Rápido Hamed! ¡Salta al canal y escapa!

(Hamed se libra de las cadenas y salta por el mirador del puente. Mientras los guardias retienen a Bruno con gran violencia)

Hamed: ¡Adiós Giordano!

Bruno: Ni él ni yo hemos cometido delito alguno. Es mínima justicia que al menos uno se salve.

(Los guardianes, después de asomarse por el mirador, encadenan a Bruno furiosamente, conduciéndolo enseguida a la puerta de la Cárcel de los Plomos. Se oyen perros ladrar furiosamente. Después de abrir la puerta, entran en la cárcel. Telón)

Segundo Cuadro

(Ermita de San Giorgio. Es de noche. Entra Hamed con una antorcha y un capacho con pico y pala. Cuatro jóvenes mujeres vestidas completamente de negro con las cabezas cubiertas rodean el cadáver de Rosana. Sólo la luz de un cirio encendido.)

Hamed: ¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Apartaos inmediatamente de ella! *(Saca la espada)* Es mi esposa a la que debo enterrar ahora. ¡Fuera todas de la ermita o aquí mismo dejaréis vuestra alma!

Mujer 1: Calmaos señor. No queremos hacer ningún daño a vuestra esposa.

Mujer 2: Al contrario signore. Estamos aquí para ayudarla.

Hamed: ¿Qué dices mujer? Ya nada se puede hacer por ella. ¿No veis que está muerta?

Mujer 3: Naturalmente que lo hemos visto señor. Tranquilizaos y guardad esa espada pues nada puede temer un hombre tan robusto como vos de cuatro mujeres débiles e indefensas. Venid aquí y os lo explicaremos todo. Sabed que sólo beneficios podéis esperar de nosotras. *(Lo invita a sentarse pero Hamed se dirige hacia Rosana)*

Hamed: ¡Qué bien te reconozco todavía! *(Se abraza a ella)*. Aunque estés ya muy fría y tus labios dibujen una sonrisa tan extraña *(Le besa los labios)*. Eres mi esposa bien amada a pesar de que tu boca haya crecido y tus blancos dienteillos estén ahora más cerca de mis ojos. Rosana, querida Rosana. Reconozco incluso todos los detalles de tu inusitada calavera que ya se

adivina bajo tu húmeda piel de muerta. Todavía me enamoras y me consumes de renovado deseo al contemplar los signos marchitos de tu vida y los nuevos perfiles eróticos que te ha dado la muerte. Yo protegeré tu cuerpo aunque no quede de él más que un átomo (*Besa con pasión todo el cuerpo*). Te defenderé de los gusanos y las alimañas, vengan estas de la tierra o de las cuevas habitadas por los hombres (*Se levanta furioso*) ¡Fuera de aquí brujas malvadas o juro por Alá que os mato a todas ahora mismo! Dejadme sólo con ella.

Mujer 3: Signore bien se descubre cuánto la queráis. Debió ser muy hermosa.

Hamed: ¡Es aún muy hermosa, mujer maldita! Y hay de ella más vida en mí que toda la que pueda haber en vuestra miserable existencia. Y aún la quiero; tal vez más que antes.

Mujer 2: Calmaos signore granadino. También nuestro Dios es el vuestro.

Mujer 4: Y también como vos, somos fugitivas de la Inquisición.

Hamed (*Sin separarse del cuerpo de Rosana*): ¿Cómo sabéis?...

Mujer 2: Vuestro acento y los rasgos de vuestro rostro así lo delatan claramente.

Mujer 4: Todo el mundo sabe que el viejo atuendo que lleváis es el de un sometido por la Inquisición. Es fácil de adivinar, caballero. ¿Fue vuestra esposa asesinada por el Brazo Secular?

Hamed: ¡Basta! Callad de una vez condenadas brujas, pues brujas sois sin duda como atestiguan vuestro lujurioso aspecto y el ser fugitivas de la Inquisición, que no persigue mujeres salvo por brujería. Decidme, ¿qué os ha traído a San Giorgio?

Mujer 3 (*Acercándose a Hamed*): Noble signore, nada salvo el justo dolor por la pérdida de tan hermosa y querida compañera, debéis temer. Ni de nosotras ni, tal vez, del Santo Oficio. Brujas en efecto nos llamaron en nuestros originarios países. De ellos pudimos huir para refugiarnos en la benigna república veneciana, donde la Inquisición tolera libremente la práctica de la brujería. Y, pues esta república sólo encarcela pero no ajusticia por asuntos de herejía, digo que tampoco vuestra vida corre peligro en estas tierras. Hablemos pues con libertad pobre signore enamorado. Considerad que en esta misma isleta existen otros refugios, pero hace unas horas entramos aquí y encontramos el cuerpo de vuestra esposa. Las señales que presenta su cadáver indican que no hace mucho tiempo que está muerta. Pensamos entonces que, quizá, nuestro saber le podría prestar algún servicio todavía. Un servicio a ella y, por las acciones que os hemos visto realizar, también a vos signore.

Hamed: ¿Un servicio? ¿De qué clase de servicio habláis?

Mujer 1: De recuperar el sonido de sus postreras palabras

Mujer 4: De hacer que vuelva a su cuerpo el calor que tuvo.

Mujer 2: De permitir que se exprese su desprendida ánima.

Mujer 3: De hacer que vuelva a la vida en noche de plenilunio.

Hamed: Hoy hay luna llena.

Mujer 3: Precisamente sí, si queréis estar con ella esta noche, debéis ayudarnos.

Hamed: ¡Pero qué dices nigromante! Nadie ha vuelto jamás de la muerte. Ni ella tampoco querría pues sin duda está en el paraíso.

Mujer 2: Tal vez por amor a vos

Mujer 1: Nunca se sabe señor

Mujer 4: ¿Qué pierde por intentarlo?

Mujer 3: Con ella de nuevo el amor.

Hamed: ¿Pero no pondréis en peligro su alma?

Mujer 3: Por la disposición de su cuerpo caído, sabemos que sólo vos disputáis su alma al paraíso. Ella es ahora aire de gloria y si nos desviáramos de la gloria en nuestro intento, este fallaría. Nada perdéis ni vos ni ella con intentarlo. Decidme, ¿Cuánto hace exactamente que murió vuestra esposa?

Hamed: Se cumplieron diez días hace tres horas.

Mujer 2: Ya sabemos que su nombre era Rosana, pues vos mismo lo habéis dicho, pero ¿dónde y cuándo nació Rosana?

Hamed: Nació y vivió siempre en Venecia. Cumpliría mañana 18 años.

Mujer 3: Sabemos señor granadino que vos la amabais y la amáis aún tiernamente, pero contestadme con sinceridad a esto, ¿os amaba ella también a vos? Es la última información que os pedimos, pero es la clave más decisiva para que nuestro ceremonial de el resultado que todos apetecemos. Si no fuera así, nada la atraería de nuevo a este mundo y nuestro intento no podría resultar de ninguna manera.

Hamed: ¡Y cómo si me amaba! Si dio su vida por el contento que en mí producía un amigo.

Mujer 4: ¿Dio su vida por un amigo?

Hamed: Dio su vida por salvar a un amigo muy querido por mí, el gran sabio napolitano Giordano Bruno. Alguien al que amaba además como a un padre, aunque ella dio su vida sobre todo por evitarme el dolor de perder a Bruno. Ya se que en Venecia y aún en ciertos países del norte es fama que los moros pueden fácilmente sentir el terrible martirio de los celos. Es por esa fama infundada que perdono y tolero vuestra mediocre reticencia. Pero ella era demasiado inocente en su alegría y yo vengo de un país mucho más tolerante que los vuestros para que tal insinuación pueda surtir efecto en mí. Siempre estaré más seguro del amor de Rosana y la amistad de Bruno que de la propia existencia del mundo.

Mujer 3: Estamos satisfechas con vuestras razones, buen señor. Si vos lo estáis también con las nuestras, comenzaremos nuestro ceremonial sin más pérdida de tiempo.

Hamed: Que así sea. Más debéis saber que creo muy improbable que vuestras ridículas e impías ceremonias surtan el menor efecto.

Mujer 1: Pronto se verá.

Hamed: Y eso sí, en cuanto acabéis, dejadme sólo con Rosana, en cualquier caso.

Mujer 2: Ya se ha cumplido una porción apreciable de la noche. Empecemos enseguida si queréis que vuestra felicidad no resulte efímera.

(Hamed se aparta a un lado mientras que las cuatro brujas encienden antorchas. Luego dan vueltas en círculo alrededor del cuerpo de Rosana. Hamed permanece muy atento a las acciones de las mujeres por si tiene que intervenir.)

Mujer 1 *(Invocando hacia lo alto):*

Heleno es el dios Dionisos
Osiris es del Nilo una deidad
Hebraico fue Jesucristo
Semita fuera el dios Baal.

Mujer 2 *(Hacia lo alto):*

Cuatro divinos oníricos
Que en su forma terrenal
Sufrieron gran sacrificio,
Pasión, tormento mortal.
Su muerte tuvo testigos.
Les vieron resucitar.

Todas *(Arrodillándose ante Rosana):*

Rosana la veneciana
Cual si fuera un ser divino
Muerta ha de ser salvada
Por un amor encendido.
Vuelve a tu vida acabada
Para cumplir el destino
De ser esta noche amada
Por el moro granadino.

(Se levantan y se desvisten dejando sus pechos desnudos.)

Mujer 3:

No se marchite la niña dorada
Que su capitán la goce hasta el alba

Mujer 4:

Divinidad amable de los lirios
Dioses azules de la fertilidad
Divinos espíritus del erotismo
Rojos dioses del placer carnal.

Mujer 1:

Volved el alma a su cuerpo
Dad el amado a la amada
Devolvednos del desierto
La cierva resucitada

Mujer 3:

No se marchite la veneciana
Que su capitán la goce hasta la mañana clara

Todas:

Que vuelva el calor a su carne
La voz a su dulce boca
La fuerza a sus bellos muslos
De blanca margarita erótica

Mujer 2:

No se marchite la niña amada
Que su bello amante la goce hasta la alborada

(Se detienen y se reparten copas con un líquido humeante. La Mujer 3 ofrece una copa a Hamed quien bebe su contenido enseguida. Las mujeres se quedan un momento inmóviles mirando a lo alto. Luego se desnudan completamente y reanudan la ceremonia de manera aún más frenética.)

Mujer 3:

Monje que subió al Carmelo
En la noche oscura amada.
Poeta del romancero
Que asesinará Granada.
Decidle a ella que el duelo
De su Hamed no se acaba
Y espera en la vieja ermita
Tenerla resucitada.

Mujer 4:

Que resuciten su cuerpo y su alma
Que vuelva el calor a la cierva enamorada

Todas:

No se marchite la flor en la noche clara
Que corra la sangre negra por la blanca mortaja.
Que su capitán moreno la inunde con su sangre blanca

Mujer 3:

Que se junten el negro del moro
Con el resplandor de la niña blanca
El encendido ariete
Con la clara alhaja.

Todas:

No se marchite la niña dorada.
Que se abran sus frutos y tiemblen sus entrañas.
Que por su flor encendida corra la sangre blanca.

Que su capitán moreno la monte hasta el alba.
Que no se marchite de la cierva la mirada.
Que no se marchite la cierva resucitada.

Hasta que llegue la luz de la mañanada
Que cabalgue el jinete y gima la insepultada.

Que retoce y soporte la brida la muerta resucitada
Hasta que se abran todas sus heridas con el tibio sol del alba.
Y vuelva luego a la muerte esta cierva vulnerada.

(Las brujas repiten sus invocaciones de forma cada vez más frenética y voluptuosa. Al finalizar quedan tendidas en el suelo presas de un temblor delirante. El cuerpo de Rosana empieza a moverse lentamente. Entonces las mujeres se visten en silencio y abandonan la ermita sonriendo a Hamed. Este se dirige lentamente hacia Rosana y la ayuda a levantarse.)

Rosana: Ahora ya puedo verte mi señor. Quédate conmigo amor que traigo el perfume de las flores otra vez.

Hamed: ¿Qué es este milagro? ¿Es esto un sueño o el despertar de una pesadilla? Y si ahora estoy despierto, ¿por qué se mezclan así vigilia y sueño en mi mente y en mis manos?

Rosana: Es como el misterio que envuelve a las flores recién cortadas mi querido señor. No hay explicación. Lo importante es que una nueva oportunidad de amarnos nos ha sido regalada. No perdamos el tiempo en tratar de explicar este misterio. Amémonos Hamed una vez más a la luz de la luna y no me preguntes nada.

Hamed: Si. Amémonos hasta que nos abandonen estas prestadas fuerzas o yo despierte a la terrible realidad.

Rosana *(Sonriendo amorosamente):* ¿Vamos?

(Cogidos de la mano hacen mutis. Telón)

Tercer Cuadro

(Calabozo en la Cárcel de los plomos. Giordano Bruno está sentado en un taburete.)

Bruno: ¿Qué habrá sido de Hamed? Me consume la duda de si habrá podido enterrar el cuerpo de Rosana o llevar a término su anunciada venganza con Mocenigo; todo esto dando por supuesto que consiguiera concluir felizmente su huida del Puente de los Suspiros. Ardo en deseos de conocer lo que habrá ocurrido finalmente, pero ¿cómo podría hacerlo encerrado en esta celda que me desconecta del mundo? Y pues nada puedo hacer tendré que conformarme y apagar mi ansiedad ocupando mi mente en otros pensamientos. Decían en París que mi capacidad de concentrar todas mis potencias intelectuales en sólo una idea no tenía rival entre los sabios de este tiempo. Es esta una oportunidad sin igual para comprobar si estaban en lo cierto. Y a fe que ahora me interesa que acertaran en su benevolente juicio. *(Pausa)* Puedo dedicarme por ejemplo a la cuestión que tanto me ocupaba cuando era feliz y libre, es decir al problema de si es posible dividir la materia ad infinitum o si, como yo creo, el afán de dividir los objetos se tropieza con un límite insalvable al que los antiguos filósofos griegos llamaban átomo, lo que debería ocurrir también con los pensamientos y conceptos al ser productos elaborados por nuestros cerebros constituidos por materia, los que, a su vez, estarían formados por tales átomos. Esta inferencia extiende y utiliza sin duda la antigua noción de átomo, a la que dota de implicaciones ontológicas que han de ser muy profundas. Realmente estas mónadas han de ser entidades de muy rico contenido que pudieran llegar a ser la base de un nuevo sistema filosófico. Debería aprovechar el largo tiempo que pasaré en esta celda para definir con rigor, sistematizar y clasificar todos estos significados y ver después sus implicaciones en todas las ramas del saber filosófico y natural. Veo que la cosa parece funcionar, pues el asunto aún me sobrecoge y divierte. Bien, bien...Sin embargo no puedo evitar el temor de que me ejecuten antes de poder llevar a cabo esta ingente labor. Me haría falta además consultar algunos tratados y mis notas, pero esto si que no lo creo factible...

(Cae una piedra a través de la ventana con un papel atado que la envuelve.)

Bruno: ¡Eh!, ¿Qué es esto? ¿Es que tratan de matarme?... No, no. Es un mensaje *(Deslía el papel y lee.)* “Querido Giordano: Primero las buenas nuevas. Por informaciones que he podido recabar se que estás bien aunque algo inquieto. Más tranquilo estarás cuando sepas que en la república de Venecia la Inquisición no tolera sentencias de muerte por herejía y que por el tipo de denuncia que debió hacer Mocenigo, estarás sólo una corta temporada en esta cárcel. ¡Viva pues Venecia, amigo mío! Ahora las más abundantes y profundas tristezas. Pude enterrar finalmente el cadáver de Rosana, aunque cuando llegué a la ermita, al ver su cuerpo que aún estaba casi intacto, tuve no se que alucinación o que lucidez extraña. Y soñé, sentí o viví que nos amamos a la luz de la luna, más intensamente incluso que todo lo que yo con ella conocía. Hasta que llegó la mañana nos amamos. La llevé entonces a un campo lleno de flores cerca de la ermita. Allí enterré su cuerpo, todavía hermoso y casi palpitante, con mis propias manos. Disfrazado de comerciante y loco de dolor he recorrido después las calles y canales de Venecia durante tres días. Cada momento conteniendo mis impulsos de volver a San Giorgio y desenterrarla o enterrarme con ella. No he matado aún a Mocenigo pues tengo que ayudarte. Creo que muy pronto nos veremos. Ten confianza en mí. Tu amigo para siempre. Hamed.”

Pobre amigo. ¡Cómo me gustaría acompañarle en su dolor! Dolor que se ha de acrecentar aún más al saber que la muerte de Rosana fue por nada. Casi resultaría nuestro dolor menos punzante si yo estuviera condenado a muerte. Sólo espero que Hamed no cometa la torpeza de acabar con la vida del pusilánime Mocenigo o con la suya. En cualquier caso, serían dos muertes inútiles.

(Se acerca a las rejas de la ventana y grita.)

Bruno: ¡Amigo Hamed! Si estás aún ahí fuera, escúchame.

Hamed: Todavía sigo aquí. ¿Qué quieres decirme?

Bruno: No debes amigo consumir tu venganza en Mocenigo, el cobarde, pues él no merece la pena ni tampoco tan desmesurado castigo, ni mis prisiones han de ser para tanto. La muerte de Rosana sólo es atribuible a un desgraciado engaño del destino que fue propiciado por nuestra ignorancia de las benignas leyes que rigen esta república. Espera Hamed que salga de la cárcel y compartiremos nuestro dolor por desgracia y mala suerte tan grandes.

Hamed: Y a fe que ha de ser corta la espera. Un oficial acaba de pregonar tu sentencia. Saldrás libre querido señor en sólo tres días. Nos reuniremos entonces y decidiremos que hacer.

Bruno: De acuerdo Hamed. Entretanto procura calmar tus impulsos violentos y hazle a Rosana el homenaje de no disipar el justo dolor que su muerte te produce cediendo a tales impulsos.

Hamed: Señor mi amigo, procuraré acostumbrarme a un dolor tan grande pues éste ha de acompañarme con toda su intensidad mientras yo viva.

Bruno: Hamed tu tienes ahora dos amigos: el que aquí te habla, desde luego, y el tiempo que hará más llevadera tu pena.

Hamed: Giordano, vienen los guardias de la ronda. Debo marcharme. Hasta muy pronto.

Bruno: Adiós amigo mío. Te necesitaré robusto cuando salga.

(Pausa. Bruno se sienta. Está triste.)

Bruno: ¿Será el tiempo nuestro amigo? ¿Más qué es el tiempo? Una flor es una flor. Tiene pétalos y se puede oler y tocar. La puede definir un botánico o un poeta. Un gato y un ratón nacen y mueren, gritan, comen, son tangibles. Los puede definir un zoólogo o un niño. Pero, ¿y el tiempo? ¿Qué tiene y qué no tiene el tiempo? Decimos: el día dura veinticuatro horas, pero si dijéramos cien millones de horas, el día seguiría siendo igual entre el alba y la noche y cada día nos envejecería lo mismo. ¿Quién puede definir el intangible tiempo?, ¿cómo está tan presente en nuestras vidas, si no se puede ver ni oler ni tocar ni definir ni nos influye?, ¿cómo habré dicho, ¡ay tonto de mí!, que el tiempo es nuestro amigo? Yo también dije y dejé escrito que el tiempo es infinito, un infinito de posibilidades y acontecimientos. ¿Pero qué relación puede tener el infinito con nuestras vidas?, ¿puede ser el infinito amigo nuestro? Nuestros enemigos sin embargo desean aniquilarnos y pues frente a la infinitud nosotros nada somos, el tiempo será siempre un enemigo satisfecho. La naturaleza nada nos dice de él, pero lo usa y lo mantiene presente. La naturaleza
Para que todo no ocurra a la vez
Ha inventado el tiempo, mañana y ayer
Para que un varón no sea mujer
Ha inventado el tiempo, el haz y el envés.
Para que veinte sean más que diez
Ha inventado el tiempo, morir y nacer.
Para que la noche se oculte al amanecer
Ha inventado el tiempo, menguar y crecer.
Para que podamos comer y beber
Ha inventado el tiempo, el hambre y la sed.
Para que podamos sentir el placer
Ha inventado el tiempo, la miel y la hiel.

(Pausa)

Cuando llegó la noche, el tiempo fue mi enemigo
Cuando me tomaron preso, el tiempo fue mi enemigo
Cuando el sol me deslumbraba, el tiempo fue mi enemigo
Cuando cantó la calandria, el tiempo fue mi enemigo.

(Pausa)

Y cuando recordaba, fue mi enemigo el tiempo
Ayer se ocultó la luna y fue mi enemigo el tiempo
Y si el gallo no cantaba, era mi enemigo el tiempo
Era mi enemigo el tiempo.
El tiempo fue mi enemigo.
Nunca amigo, mi enemigo

Siempre amargo, mi enemigo
Nunca pronto, mi enemigo
Siempre tarde, mi enemigo
Nunca con él ni conmigo
Siempre traidor y maldito.

Tiempo que ha de volver
Cuando el amor se haya ido.
Tiempo fugaz e infinito.
Hoy, mañana, siempre, ayer.
Para que todo no ocurra a la vez
Dan las horas las campanas:
las siete, las ocho, las nueve, las diez.
Para que todo no ocurra a la vez.

(Pausa)

Bruno: Tantas emociones me agotan. Descansaré un rato ahora *(Se tumba en el catre y lee un libro.)*

Hamed *(A través de la ventana):* ¡Giordano, Giordano están ocurriendo acontecimientos que me preocupan! Acabo de ver al Inquisidor de Roma entrar en el Palazzo. Su porte era orgulloso y parecía muy irritado.

Bruno: ¿Quién es?

Hamed: Es un teólogo jesuita, el Cardenal Roberto Belarmino, una malvada eminencia.

Bruno: Ah, Belarmino, el guerrero bien armado. Un mal bicho, desde luego. ¿Y por qué te preocupa eso?

Hamed: Dicen que en Roma están realmente enojados con la política tolerante que la república de Venecia tiene con los herejes. Que el mismo Papa ha tomado cartas en el asunto.

Bruno: ¿El Papa Clemente?

Hamed: Sí. Se comenta que ha estado enfermo y que por la noche ha tenido una visión en la que el mismo Jesucristo, con todas sus heridas sangrando, le ha dicho que sufre porque en Venecia los herejes y las brujas le ofenden continuamente. Se habla de una amenaza de excomunión al Dux y a los cardenales venecianos. Creo amigo que estás en peligro otra vez.

Bruno: Espero que lleguen demasiado tarde. Yo tengo mi sentencia y estoy a punto de cumplirla.

Hamed: No se. Parece que tienen mucha prisa. La gente habla abiertamente de ti por las calles. Hay quien dice que vienen por ti.

Bruno: Si los venecianos se mantienen firmes, no hay nada que temer.

Hamed: ¡Espera! ¡Ve algo!... Sí. Es Belarmino con su séquito que sale del Palazzo y enfila por el Puente de los Suspiros. Viene hacia aquí. Me parece amigo que Rosana tenía motivos para tratar de liberarte, que su muerte no fue por nada. Tengo que esconderme ahora. Yo también podría estar en peligro.

Bruno: Nada puedo hacer sino esperar. Mi destino está en manos ajenas y, al parecer, se decidirá en breve plazo. ¡Cuántas veces ha cambiado el precio de mi vida en el corto espacio de una hora! El tiempo juega de nuevo conmigo.

(Se tumba de nuevo en su lecho y reanuda la lectura. Al poco, se oyen golpes en la puerta, que se abre bruscamente, apareciendo Belarmino, sólo, como una exhalación. Bruno se levanta precipitadamente ante la aparición.)

Belarmino: Maese Bruno, qué lástima que vuestra inteligencia, la única capaz de compararse con la mía en toda Italia, haya errado tanto. Hubierais sido una gran ayuda para la Iglesia y para mí. La teología sería hoy más todavía una ciencia infalible si os hubieseis mantenido por la senda apropiada, si no se que fiebre maligna no hubiera desviado vuestras grandes potencias intelectuales por los caminos caliginosos de los sueños erróneos y las extravagantes quimeras.

Bruno: Signore Belarmino. Es un gran honor recibir una visita tan ilustre y poderosa. Lástima que no esté en condiciones de regalar vuestra presencia con los ofrecimientos que ésta se merece. Nada puedo ofrecer aquí eminencia. En cuanto a si he errado o si sois vos quien se empeña en no ver donde está la verdad es un asunto que merece sin duda mucha discusión y generosidad. Yo espero, signore, que alguna vez me ofrezcáis la oportunidad de haceros entender mis puntos de vista.

Belarmino: A eso precisamente he venido a Venecia. Exactamente a crear inmediatamente el marco teológico necesario para poder debatir con vos, Giordano Bruno, sin restricción de tiempo o contenido. Desgraciadamente, tal cosa no es posible en

Venecia, por lo que yo, en nombre de la Santa Inquisición, os he reclamado ante el Santo Tribunal de Roma con el total y encendido apoyo de su santidad el papa Clemente.

Bruno: ¿Y qué han respondido los venecianos? Yo estoy ahora en sus manos.

Belarmino: Ya no. De hecho ya pertenecéis al tribunal de la Inquisición de Roma. Acabamos de acordarlo. Ved el documento firmado (*Se lo muestra*)

Bruno (*Lee el documento*): Ya veo que estoy en vuestras manos. No esperéis sin embargo que mi determinación vaya a flaquear ante vuestras amenazas y torturas. Veréis que mi vida no ha tenido un discurrir plácido ya que la verdad nunca se abre camino por vía del convencimiento o la razón. Y así ha de continuar por lo que veo. Espero que las nuevas generaciones se opongan en el futuro a las imposiciones brutales de los poderes actuales, recurriendo a la verdad contenida en mis libros. Para dar esta oportunidad a los hombres nuevos, comprenderéis eminencia que debo mantenerme firme, defender mis pensamientos, aunque ello me cueste la vida.

Belarmino: ¡Vuestros libros! En Roma tendremos mucho tiempo para analizarlos uno a uno. Yo, en cambio, espero poderos demostrar que son todos erróneos y heréticos. Sabed que, aunque ya están en el índice de las obras prohibidas, yo he leído todos vuestros libros con gran atención y quiero evitar que sus monstruosos errores y herejías puedan inculcarse en la mente de nuestros jóvenes intelectuales y teólogos.

Bruno: Me emplazáis pues a ello forzosamente y, sin duda, bajo amenazas de tortura y tormento. Ya os lo he dicho: siempre a pie firme me hallaréis.

Belarmino: Que así sea.

Bruno: ¿Cuándo me conducirán a Roma?

Belarmino: Partiremos mañana con las primeras luces del alba. Preparaos mosén Bruno para el viaje el cual no será muy cómodo para vos, pues comprenderéis que habremos de tomar medidas para vuestra seguridad y la nuestra. Las fugas signore son frecuentes en estos tiempos tan revueltos. Deberéis excusarme ahora, pues tengo otros asuntos que atender y ya es tarde. Buenas noches. (*Sale*)

Bruno: Se acabaron las incertidumbres. Mi destino es ahora tan claro como el día y, a la vez, tan oscuro como una noche sin luna. Y si está ya mi suerte echada, espero acopiar todo mi valor para hacerle frente como ella misma y el futuro se merecen.

(*Vuelve a entrar Belarmino.*)

Belarmino: Mi memoria signore Bruno no es sin embargo tan buena como es fama que es la vuestra. Debéis perdonar esta nueva intromisión en vuestra intimidad que se debe a una flaqueza que antes sobrevino a mi memoria. Y es que, con el fin de que veáis nuestra buena voluntad para con vos, hemos decidido daros un joven compañero de viaje; un experto en poesía con una maravillosa voz y capaz de tocar todos los instrumentos. Él amenizará vuestras largas horas de soledad y meditación durante el viaje de mañana. Se llama Valerio y es también un buen fruto de nuestra magnífica cosecha veneciana. Mañana lo conoceréis. Buenas noches de nuevo (*Sale*)

Bruno (*Se sienta en el lecho. Se oyen las campanas de las iglesias dar la hora, todas a la vez*):

Ya suenan las campanas que dan las diez

El tiempo fue mi enemigo

Esta vez también.

Ya son las diez.

Puente de los Suspiros

Donde yo también lloré

La suerte de dos amigos.

Una muerta el otro herido.

Muerta la flor del destino

Herido de bien perdido.

Rosana de triste sino

Pena eterna de Hamed.

Ya son amigos las diez

Y otra vez el tiempo

Ha traído con el viento

voces de muerte y de hiel.

Hamed (*De nuevo por la ventana*): ¿Te visitó el cardenal?

Bruno (*Triste*): Si Hamed. Ha conseguido sus propósitos. Lo que tú temías. Mañana me llevan a Roma.

Hamed: Anímate Giordano. No todo está perdido. Yo iré también mañana a Roma. Nunca te abandonaré.

Voz de un guardia: ¡Silencio ahí!

Bruno: ¡Vete ya!

Hamed: Adiós amigo. Intentaré salvarte.

Bruno: Adiós pobre hermano mío.

Bruno (*Muy triste*):

Han cesado las campanas
El tiempo no existe ya
Triste procesión de ánimas
Se adueña de la ciudad.
Y estas mismas campanas
Han de tañer mañana
Más ya nadie las oirá.

(*Telón*)

Acto III

Cárcel de la Inquisición de Roma. Allí Bruno convive con Valerio detenido por prácticas antinaturales paganas. Hamed consigue un puesto de albañil en la cárcel y pasa ratos con Bruno y Valerio. El fantasma de Rosana se aparece a Hamed y Bruno. Bruno y Valerio hablan del amor ahora prohibido entre un maestro y el discípulo. Nace el amor entre ellos. El Papa visita a Bruno en la cárcel. Bruno describe sus ideas a Valerio. Se descubre la razón por la que el juicio ha tardado seis años en realizarse.

Acto III

Primer Cuadro

(*Celda de la Prisión de la Inquisición de Roma. Bruno y Valerio, un muchacho de quince años. La luz de la tarde penetra tristemente por el balcón.*)

Valerio: Ya hace un año que estamos en esta prisión. Mucho tiempo es este, señor Bruno.

Bruno: Mucho y duro. No se por qué aún no me han llevado a juicio. Alguna razón que yo desconozco deben tener los cardenales para ello.

Valerio: Tal vez no encuentren argumentos suficientes para juzgaros.

Bruno: No lo creo. No es la primera vez que la Inquisición mete sus narices en mi vida. La primera, cuando yo era muy joven aún. Entonces ya encontraron argumentos suficientes para condenarme y tuve que huir. Me parece que ahora están en condiciones de acumular razones de sobra para llevar a cabo un juicio con garantías para enviarme al tormento. No. Verdaderamente no puedo imaginar el motivo de esta demora.

Valerio: Belarmino fue ayer a verme. Me dijo que si vos y yo lo deseamos, podremos vivir los dos juntos en esta espaciosa y soleada celda. La que yo ahora tengo es sórdida y angosta y, aunque permite mi recogimiento, me entristece hasta el punto de hacerme llorar. Venir a esta celda mejoraría considerablemente la calidad de mi pobre y triste existencia. Para mí sería, además, una gran oportunidad de aprender de vuestra sabiduría. ¿Y para vos señor? ¿Aceptaríais compartir conmigo vuestra vida?

Bruno: Ya me extrañaba que te hubieran dejado venir hoy aquí a mi celda sin un motivo. Y pues contigo traerás, además de la suavidad de tu trato y la finura de tus ademanes, bellas canciones y poemas, sea bienvenida la misteriosa propuesta de Belarmino.

Valerio: Gracias señor. No sabe lo que esta aceptación representa para mí.

Bruno: Será, si así lo deseas, tu graduación filosófica y mi placer al verte y oír tu voz. Estoy seguro Valerio de que ambos nos alegraremos. Ya durante nuestro viaje de Venecia a Roma pude yo comprobar lo confortable de tu compañía. Yo soy, sin embargo, un hombre ya maduro en el que han hecho presa costumbres que han de ser indeseables para un joven. ¿No seré una carga para ti?

Valerio: No signore. Yo he sido educado en las formas nuevas del Renacimiento y sabré, por ello, apreciar la presencia y el trato de uno de sus mejores fundamentos.

Bruno: Gracias te doy Valerio por lo que dices y gracias doy a la vida por permitir que la contemple tan de cerca. Las causas de mi encarcelamiento son conocidas por todos. Tú las conoces también sin duda. Pero no dejo de preguntarme qué has podido hacer tú, tan delicado y exquisito, para estar encerrado en esta prisión. ¿Puedo preguntarte la razón de tu .encarcelamiento Valerio?

Valerio: Yo, signore, como ya os he dicho, fui educado en las normas de la novísima y a la vez ancestral filosofía del conocimiento, el arte y la vida. Y, como sin duda vos sabéis, maestro bueno, estas normas acogen e incluyen las conductas y hábitos de los habitantes antiguos de las riberas del Mediterráneo, así fueran filósofos, hombres de ciencia o brujas. Fui entonces educado para hacer feliz a otros a través del uso de la música, la indagación filosófica, la amabilidad e incluso la vivificante relación amorosa con hombres buenos y cultos. Hasta ahora, nunca pude ejercer mi aprendido arte sin embargo. Y aún así, fue mi propio padre quien me denunció ante la Inquisición por sodomía, para, según él, evitar que cayera precisamente en este pecado. Me tienen aquí encerrado en espera de que los años en esta prisión hagan de mí un hombre rudo y profundamente religioso, capaz de herir y ofender, de formar una familia cristiana. Esperan que el trato brutal de los guardianes forje en mí una voluntad y una tendencia más propias de los hombres de las edades oscuras. Más todos se han equivocado ya que los mismos guardias de esta prisión y muchos clérigos que la visitan practican la sodomía más brutal y deleznable en las celdas. Conmigo lo intentan continuamente signore, más yo he conseguido esquivarlos hasta ahora. Si voy a vivir con vos, creo que ya no tendré que sufrir más estos acosos.

Bruno: ¡Pobre y bravo muchacho! Perla tan delicada y a la vez tan audaz y valiente ¡Cuánto habrás sufrido! Yo te protegeré de la brutalidad de los guardias y de los clérigos. Esta celda será para nosotros como una clara isla de paz de Renacimiento en el brumoso piélago, brutal e infame, de la Inquisición.

Valerio: Dios querrá que sea una isla de amor. Este gracioso balcón será sin duda su buen y espacioso puerto, señor. (*Se asoma al balcón.*) Puerto para la arribada de la luz tan sólo pues el pavoroso foso que nos rodea no alienta esperanza alguna de fuga.

Bruno: ¡Mi pobre Valerio! Aunque la jaula del pajarillo sea de oro, jaula es al fin. Sin libertad para volar por el cielo muchos de ellos entristecen de tal modo que dejan de cantar y mueren finalmente de pura tristeza. Nosotros somos como los pajarillos; impedidos de ir por el mundo libremente, nuestras almas se mustian y no tenemos más pensar que no sea en la muerte.

Valerio: No os entristezcáis signore. Dirigid vuestros pensamientos más bien a cosas que os convengan. Pensad en alegrías que no necesiten de la libertad para sentir las y recordad tristezas pasadas para que, comparándolas con nuestra situación de ahora, podáis sentirnos menos desafortunado. Ha habido en la historia pueblos enteros que vivieron esclavizados. Nuestra obligación, querido signore, consiste en identificar los motivos que hicieron reír a las gentes de esos pueblos. No permitáis una entrega a la tristeza sin más razón que la ausencia de libertad. ¿Recordáis las canciones que cantaban las muchachas cuando pasamos por el Trastevere? Eran alegres, llenas de vida y siempre seguirán cantándolas a pesar de que las muchachas eran muy pobres y, por ello, carentes de algunas de las libertades que vos tanto añoráis. Cantemos nosotros también, signore Bruno.

Bruno: No. Ahora no. Otro día, cuando dispongas de tus instrumentos musicales.

Valerio: ¿Deseáis que os deje sólo ahora?

Bruno: No. Quédate conmigo. Más tarde podrás traer tu flauta y tu rabel.

(*Aparece Hamed por el balcón.*)

Bruno: ¡Hamed! ¿Cómo has podido?

Hamed: ¡Qué alegría poder verte y abrazarte querido amigo! Salvar este foso no es tan difícil como parece, sobre todo si se llega desde la deshabitada celda contigua.

Bruno: ¿Qué quieres decir?

Hamed: Habréis notado que la celda de al lado está siendo reformada. Seguro que habéis oído los golpes y martillazos. Para poder visitarte me he hecho albañil y aquí estoy ahora con vosotros.

Bruno: ¡Mi fiel amigo Hamed! ¿Cómo estás? (*Se abrazan.*)

Hamed: Mi cuerpo funciona razonablemente todavía. En cuanto a mi espíritu, ya no tiene más afán que ayudarte Bruno. Es lo que me queda. Por ello, desde hace meses me preparo concienzudamente en asuntos de teología y leyes. Yo seré tu abogado defensor cuando te convoquen a juicio... ¿Miras amigo con insistencia al balcón? ¿Piensas que si yo he podido entrar en la celda a través de la obra contigua, tú también podrías hacer el camino inverso? ¿No es así amigo?

Bruno: Justamente Hamed. Justamente. ¿Y por qué no ha de ser esto posible?

Hamed: La puerta de la celda que estamos reparando la guardan día y noche guardias fuertemente armados. Y estos de aquí no son tan perezosos y borrachos como los de la Cárcel de los Plomos de Venecia. Créeme Giordano. Es imposible. Lo he pensado mucho y no hay ninguna posibilidad.

Bruno: Bien, bien. Aquí nos quedaremos entonces. Pero Hamed, ¿cómo diablos piensas tu llegar a ser mi defensor?

Valerio: Si, además, vos sois de otra raza y todos sospecharían que de otra religión. Es difícil señor que podáis engañar a los cardenales. Vuestra apariencia claramente os delataría.

Bruno: ¡Qué torpe soy! Mi hospitalidad y buenos modos no pueden faltar ni aún en un sitio como este. Pero lo arreglaré en seguida. Hamed, este es Valerio. Un joven muy culto, exquisito artista y, como cuando tú cuando nos conocimos, experto en amores. Con él compartiré la celda de hoy en adelante. Hamed es simplemente el mejor amigo de toda mi vida, Valerio. Con él compartí los mejores y peores momentos en la maravillosa Venecia. Nunca antes ni después fui tan feliz ni tan desgraciado. Compartíamos nuestra amistad y nuestra vida con una muchacha, Rosana, el ser más inocente, hermoso y valiente que jamás haya podido existir. Ella y Hamed nos trajeron un amor de erotismo y candor tan sublimes que era casi imposible de concebir en edades tan dispares como ellos tenían y tiempos tan destemplados como estos. Fueron no obstante los tiempos de la felicidad más alta. Luego, intervino la traición de un ser cobarde y se desataron las negras tempestades inducidas por la tragedia, la intransigencia y la pena cuando, juguete involuntaria del destino, fue asesinada Rosana, sumiéndonos a nosotros para siempre en el dolor.

Hamed (*Que no puede contener el llanto.*): Amigo mío, amigo mío; tú eres la única razón por la que yo mantengo aún la triste vibración de mi amarga vida. Sabrás apreciar Valerio que yo pude aceptar que aquellos tres que fuimos en Venecia a dos fuéramos reducidos, a pesar de perder lo más hermoso de nosotros, pero nunca aceptaré una vida sin mis dos amigos, ya que entonces esta vida sería superflua sin duda alguna.

Bruno: Aún así, dínos como harás para engañar a los cardenales.

Hamed: A su tiempo lo sabréis. He de marcharme ahora. Los guardias ya estarán sospechando del silencio. (*Abrazando a los dos.*) Cuida de él y alégrale la vida, muchacho. Es el mejor ser que queda ahora en el mundo.

Valerio: ¿Cuándo volveréis signore?

Bruno: Luego, cuando caiga la noche, podría ser. Adiós. (*Sale por el balcón.*)

Bruno: Adiós Hamed.

Valerio: ¿Estás ahora más alegre, signore?

Bruno: Si Valerio. Y lo estoy también al ver como te implicas tan sensiblemente en mi amistad con el gran Hamed. Este carácter tuyo obliga a la alegría.

Valerio: ¡Ojalá volviera de nuevo un amor de tres!
(*Canta.*)

De las dos muchachas que pasan cantando
La una me enamora, la otra otro tanto.
Al otro lado del Tébere yo las espero
Por ver si al verlas pasar descubro la que yo quiero.
Recogen las dos sus faldas, las dos sonríen
¡Ay quien fuera sarraceno y ellas huríes!
Subiendo la cuesta de Santa María
Las dos cogen flores, ¡quién lo diría!

Bruno:
De las dos muchachas que vienen cantando
La una me enamora, la otra otro tanto.

Valerio:
Al llegar a lo alto de una calleja
Un legionario romano con candilejas
A la que es más bonita ya la corteja.
El Papa y los obispos que se pasean
En busca de amores, a la más fea
Le ofrecen pastelillos, citas secretas.

Bruno:

Las dos muchachas dicen llorando
El novio que tenemos está mirando.
No queremos besos de legionario
Ni olores de incienso del Vaticano.

Valerio:

De las dos muchachas que van llorando
La una me enamora, la otra otro tanto.

(*Ríen.*)

Bruno: Gracias Valerio. ¡Y gracias también a aquellas sencillas niñas del Trastevere!

Valerio: Fue en la Píazzale de Santa María de Trastevere. La luna estaba llena aquella noche.

Bruno: Ya soy de nuevo el Bruno alegre; el obstinado defensor de la verdad. De esa verdad con la que di y que tanto temen el Papa y los clérigos. Por eso la llaman herejía y quieren acabar con sus heraldos. Escucha Valerio (*Valerio recuesta su cabeza en el regazo de Bruno*) Dios, Alá o cualquier nombre que quieras darle, esta omnipresente y es perfecto y omnipotente en un universo infinito. Si Dios lo sabe todo debe saber lo que yo pienso y así pensarlo Él también y, pues Él crea todo lo que piensa, así lo que yo pienso también es creado. Puedo imaginar un número infinito de universos, cada uno con un planeta como el nuestro, la Tierra, y cada Tierra con un Jardín del Edén. En estos Paraísos la mitad de las parejas Adán-Eva no comerán el fruto prohibido, pero la otra mitad si lo hará. Pero la mitad de infinito es también infinito y por ello habrá infinitos mundos caídos en el pecado y de aquí infinitas crucifixiones. ¿Me sigues Valerio?

Valerio: No encuentro dificultad en vuestro razonamiento, signore.

Bruno: Los hay que se creen muy inteligentes y, sin embargo, no pueden entenderlo. Tú si que lo eres Valerio. Pero no he terminado aún. Si aceptas lo dicho hasta ahora, tienes que aceptar también que o bien existe un solo Jesús itinerante por los infinitos universos contaminados por el pecado o hay infinitos Jesús. Sin embargo, nuestro Jesús itinerante tardaría un tiempo infinito en su obra redentora por los mundos. Sólo es posible por ello que existan infinitos Cristos. Dios tendría pues infinitos hijos. Esto, querido Valerio, pese a lo impoluto de la lógica que lo sustenta, que a su vez también ha sido obra perfecta de Dios, es no obstante herejía para la Iglesia.

Valerio: Signore, pues este pensamiento también lo es de Dios, si por él a vos condenaran, también estarían condenando a Dios. Y así al haceros hereje a vos, estarían haciendo de Dios el mayor hereje. Es absurdo.

Bruno: ¡No había caído yo en tal sutileza! Tienes razón Valerio.

(*Bruno queda pensativo. Valerio, entretanto, se duerme en el regazo de Bruno.*)

Bruno: Es posible Valerio que hayamos dado con la razón... (*Se percata de que Valerio está dormido.*) ¡Pobre niño! Se ha quedado dormido. Yo también estoy cansado y tengo sueño. Entre una cosa y otra se ha hecho de noche. Una bella noche. (*Lleva a Valerio en brazos hasta la cama. Él se sienta en el sillón.*) Mañana haré que traigan un catre para él, pero esta noche lo dejaré dormir en paz. Yo estaré bien aquí. Estoy tan cansado que me dormiría en el suelo. (*Cierra los ojos y se queda dormido.*)

(*Pausa. Aparece Hamed por el balcón.*)

Hamed: Están dormidos. (*Se acerca a la cama donde duerme Valerio.*) ¡Qué bello es! Ojalá alegre los días de Giordano... Dicen que tiene un alma exquisita. Posiblemente no haya mejor compañero para él. Yo también estoy soñoliento y cansado. Me sentaré en esta silla un poco. (*Enseguida se queda dormido también.*)

(*Aparece el fantasma de Rosana. Todos, excepto Valerio, se despiertan enseguida. La acción se concentra en el balcón*)

Bruno: ¡Rosana! ¿Qué portento es este? ¿De dónde vienes bendito espectro?

Hamed (*Se lanza a abrazarla*): ¡Querida esposa mía! ¿Te quedarás ya siempre con nosotros?

Rosana: Verás Hamed que soy intangible y lo seré por todos los siglos venideros. Para poder tocarme habrás de ir a la isla de San Giorgio y escarbar en la tumba donde tú mismo enterraste mi cuerpo. Sólo un espacio me conceden los cielos para estar con vosotros. (*Señalando a Valerio*) Naturalmente se quién es y conozco su espíritu bondadoso y refinado. Pese a ello, permanecerá dormido mientras yo esté aquí.

Hamed: Otra vez me siento flotar en el vacío y de nuevo no se si sueño o velo...

Bruno: Bienvenida seas hermosa Rosana o figmento de nuestra imaginación o protagonista del sueño de alguno de nosotros.

Hamed: ¿Te han traído de nuevo las brujas desde la otra rivera de la muerte?

Rosana: ¿Las brujas? ¿Ves acaso alguna imperfección en mi cuerpo causada por la acción corruptora de los gusanos o puedes acaso tocarme ahora? ¿Has presenciado tal vez un sabat de jóvenes mujeres en esta celda? La sabiduría se ha instalado en el lugar que ocupaba la alegría y de lo que fui en vida ya sólo queda el amor. Es este amor el que me trae a vosotros pues he de haceros una advertencia por si vuestra desgracia pudiera tener algún remedio todavía.

Bruno: ¿Acaso la sabiduría de la que gozas no incluye el conocimiento del futuro?

Rosana: Os digo que es el amor lo que aquí me ha traído. Es la única fuerza capaz de torcer el curso de un destino que, no obstante, ya está escrito y que, naturalmente, yo conozco. Y mi advertencia es: Guardaos de la Razón de los hombres. Guardaos de la Verdad y de las Flores.

Hamed: Me asusta Rosana que ya no rías. ¿No es la alegría manifestación de la felicidad? ¿O acaso es que no disfrutas de la gloria del Paraíso de los buenos?

Rosana (*Sonríe a Hamed.*): No temas querido Hamed. En él estoy ahora y en él nos reuniremos los tres algún día. Sólo pretendo que ese día sea lejano.

Bruno: Si no en la razón y la verdad y en ti, ¿en qué o quién confiaremos entonces? Tu advertencia Rosana me preocupa profundamente pues pone en entredicho lo que ha sido el norte de toda mi existencia. Así, déjame que te haga ciertas preguntas. Si no me dieras las respuestas que yo espero tu visita sólo me traería desesperación y desgracia.

Hamed: No seas temerario Giordano. Confórmate con jueces humanos para juzgar tus humanas obras. No sometas la trascendencia de tu pensamiento al juicio de Dios. Mira que aún aguardan siglos y siglos de futuro que sólo los espíritus pueden conocer.

Bruno: Si lo haré pues Rosana, aún reducida a una condición fantasmal, sigue siendo nuestra entrañable amiga y yo, por mi parte, persisto en mi búsqueda de la verdad. Dime pues fantasma amigo si el universo en que vivimos es único o, como yo he mantenido, no merece tal nombre pues existen millones de otros iguales a él.

Rosana: Pasados cuatrocientos años del futuro, habrá sabios que descubran de nuevo esta extremada idea a la que darán forma con una teoría muy extraña que llamarán hipótesis de los cuántos, aunque aún entonces serán muy pocos los que den crédito a la prioridad de tu genio.

Bruno: Todos sabéis que ahora se debate arduamente la cuestión sobre donde se sitúa el centro del mundo de los astros. Muchos, los religiosos sobre todo, mantienen que el centro está en la tierra; otros, a los que muchos llaman filósofos naturales, creen haber revolucionado el pensamiento al favorecer la creencia de que es el Sol el centro del universo. Mi postura al respecto es que no existe centro alguno para éste. ¿Cuál de estas posturas recibirá la bendición de ser la cierta?

Hamed: A fe de hombre acostumbrado a la razón que he de decir que resulta casi imposible poder entender tu hipótesis amigo.

Rosana: Y sin embargo es cierta y lo será mientras exista el universo. Habrán pasado muchas décadas por el mundo cuando un sabio teutón venga de nuevo con tu idea en forma matemática. Más de nuevo las gentes de esa época no darán el crédito debido a nuestro Giordano. Lo darán incluso a Copérnico que en verdad no estaba en lo cierto.

Bruno: Yo no busco el crédito sino la verdad.

Hamed: Me maravillo de tu mente; ¿cómo es posible una intuición tan increíble? ¡Qué suerte ha venido a mí con tu amistad!

Bruno: Aún otra cuestión Rosana; la de si es posible dividir los objetos ad infinitum durante un tiempo que es no obstante finito. Ya sabéis vosotros que yo sostengo la visión contraria, que podemos dividir hasta que nos tropezamos con los átomos y que el tiempo es infinito. Asuntos ambos estrechamente imbricados uno en otro.

Hamed: Yo apuesto sin duda por el razonamiento de Giordano. Con él parece fácil ganar.

Rosana: Y ganarías y, de nuevo, otros se llevarán el crédito. Debo deciros que hasta las ánimas bendecidas se extrañan de una obra tan perfecta como la mente de nuestro amigo y de un mundo tan mezquino como el mundo donde vivís.

Bruno: Repito que no es el reconocimiento de los demás lo que busco. Estoy muy satisfecho con tus respuestas Rosana.

Hamed: Gracias amado espíritu por llevarnos a este viaje por la historia futura.

Rosana: Estad muy atentos amigos pues el destino prepara su intrincada estrategia. Cuidaos amigos de la Razón de los hombres. Cuidaos de la Verdad y de las Flores. Más no os puedo decir sobre esto. Os debo dejar ahora pues ya se acabó el término que me han concedido.

Hamed: ¡Quédate conmigo Rosana! Aún sin tu alegría seremos felices. A mí me bastan tu figurada presencia y tu sonrisa.

Rosana: La gloria excelsa que disfruto yo cambiaría por compartir la desgraciada vida que ahora sufres querido Hamed. Seré tu esposa siempre. Pero no está en mi voluntad quedarme contigo. Adiós queridos amigos.
(*El fantasma de Rosana se desvanece. Se despierta Valerio.*)

Valerio: ¿Qué os ocurre? ¿Por qué estáis tan abatidos?

Bruno: Hemos tenido un extraño sueño o nuestra imaginación ha creado una realidad fingida.

Hamed: O ha sido una alucinación de amor

Bruno: O hemos sido visitados por el fantasma de Rosana, la buena amiga bienamada.

Valerio: ¿Qué decís? ¿Desvariáis?

Hamed: No Valerio. El espíritu de Rosana, mi buena esposa asesinada, ha estado con nosotros. Ha venido a advertirnos.

Bruno: Cuidaos de la razón de los hombres nos ha dicho. Cuidaos de la verdad y de las flores ha añadido.

Hamed: ¿No has notado algo sobrenatural durante tu sueño Valerio? Una presencia tan notable y hermosa debe sobreponerse al sueño.

Valerio: Mi descanso ha sido plácido y no recuerdo nada. Y he dormido mucho tiempo. Mirad. Ya empieza a clarear el día.

Bruno: ¿Tanto tiempo duró nuestra exaltación? Diría que la noche no ha interrumpido la claridad del día.

Hamed: Para nosotros no hubo noche. Fue reemplazada por el resplandor de Rosana.

Valerio: Y este tenue olor a rosas y violetas que no estaba antes de mi sueño.

(*Teón*)

Segundo Cuadro

(*La misma celda. Cinco años después. Bruno y Valerio.*)

Bruno: ¡Qué lento pasa el tiempo cuando el horizonte se reduce a los muros de una celda y, sin embargo, pronto hará seis años que estamos en esta prisión!

Valerio: Para mí, signore, ese horizonte se desvaneció al florecer nuestro amor (*Se abrazan.*) A pesar de todo, hemos sido felices en esta celda. Sólo la duda sobre la convocatoria de tu juicio sigue perfilándose sombríamente sobre nosotros.

Bruno: Desde que Hamed se afeitó la barba y dejó de ser albañil de la prisión hemos dejado de recibir sus visitas y esto entristece mi corazón.

Valerio: Y el mío también Giordano. Nunca conocí hombre más noble y bueno que él.

Bruno: Ay Valerio, Valerio. ¿Qué hubiera sido de mí sin tu amor y sin tu compañía? El juicio no llega nunca. Parece como si ya nos hubieran condenado a padecer cada día el insufrible castigo de la incertidumbre. Sin ti, este castigo sería más terrible aún.

Valerio: Gracias, signore.

Bruno: El tiempo de un prisionero se desconecta del tiempo de la historia. Esto, Valerio, con ser el mayor castigo, nos ha permitido sin embargo elegir una época del pasado y vivir el Renacimiento más auténtico. Nos ha permitido descubrir el amor más fructífero de los antiguos griegos, pues yo he sido como Aquiles y tú como Patroclo. Tú, por tu dulzura, inteligencia e inclinación natural a la belleza y yo, movido por estas tus inusitadas virtudes y por mi necesidad de amor acumulada en toda una vida solitaria.

Valerio: El escorzo natural de tu noble cuerpo es tan dulce como la música más bella y la profundidad de tu inteligencia tan insondable que activa todos los caminos de mi sensibilidad. Esta es la causa de mi amor, signore, sea cual sea el siglo en que vivamos.

Bruno: ¿A pesar de que ya no soy un hombre joven?

Valerio: Por ser precisamente un hombre ya maduro.

(Se abrazan tiernamente sobre el lecho donde se aman. Entonces se abre de improviso la puerta de la celda y se asoma durante un momento la cabeza de un guardián.)

Valerio *(Asustado)*: ¿Quién era?

Bruno: No te asustes niño mío. Nada pasa. Tal vez un guardián equivocado. Continuemos amándonos más unidos que nunca.

Valerio: ¡Signore, signore! Oigo pasos en el corredor *(Se levanta)*. Alguien viene.

Bruno: Bien, bien. Estemos tranquilos.

(Se abre la puerta de nuevo y entra el Papa Clemente.)

Clemente: Buenos días signore Bruno *(Ignora completamente a Valerio.)*

Bruno: *(Sobresaltado)* Buenos días santidad

Clemente: Como comprenderá mi visita será breve ya que siempre tengo muchos asuntos muy importantes a los que dedicar mi tiempo y así este escasea. Pero he creído necesario hablar con vos en la discreción de vuestra celda para evitar innecesarios comentarios. *(Mira reticente a Valerio.)*

Bruno: Podéis hablar libremente. Valerio nunca nos traicionaría. Su santidad dirá de qué se trata.

Clemente: Belarmino y otros miembros del santo tribunal de la inquisición de Roma llevan muchos años estudiando vuestros libros y, como podrá fácilmente suponer, han encontrado en ellos numerosas razones y abundantes opiniones que, sin duda, son de naturaleza herética. Pese a ello, todos reconocemos en vuestra obra un alto valor intelectual lo que nos impulsa a ser muy cuidadosos en nuestras conclusiones. Esta es la razón por la que la convocatoria de vuestro juicio se ha demorado tanto tiempo.

Bruno: Debo entender que este juicio se convocará pronto.

Clemente: Enseguida. Pero antes quisiéramos, y este es el motivo de mi visita, conocer vuestra respuesta a una cuestión que particularmente nos preocupa.

Bruno: ¿No habría ocasión durante el juicio?

Clemente: Naturalmente. Pero comprenderá enseguida porque es más prudente que conozcamos esta respuesta antes de que el juicio se convoque. Es más, dependiendo de esta, pudiera incluso no convocarse tal juicio.

Bruno: ¿Por qué han hecho molestarse a su santidad? ¿No podía haber venido monseñor Belarmino o alguno de los miembros del tribunal?

Clemente: Aunque esta visita tiene carácter reservado, no hemos querido poner en peligro la composición del tribunal, más ahora que ya disponemos de un defensor adecuado para vos. Debes saber Giordano que no está permitido a sus miembros tener contacto previo con el acusado.

Bruno: Y bien

Clemente: Contestad a esta cuestión: ¿Manteneis que los seres inanimados poseen alguna forma de vida?

Bruno: El universo donde vivimos está tan vivo como su santidad o como yo. Sólo que su vida es muy larga y, por ello, cualquiera de sus movimientos vitales resulta tan lento para nosotros que no somos capaces de percibirlo.

Clemente: ¿Y toda esa actividad de las cosas no necesita a Dios nuestro señor?

Bruno: Como cualquier otra criatura

Clemente: ¿Admitís pues que yo, como representante de Dios en el universo, tengo autoridad sobre toda criatura viva y, por tanto, sobre el universo y todas las formas que lo componen? Si así fuera, quedaríais en libertad ahora mismo, con tal de que declararais esta verdad públicamente.

Bruno: Pero no es así. Ni siquiera Dios mismo posee tanta autoridad.

Clemente: Pensadlo bien Bruno. En todo caso, ante la historia, sería tan sólo un detalle en el vasto océano de vuestras creencias. ¿No merece la pena faltar a vuestras creencias en algo tan nimio si a cambio obtenéis la libertad y seguramente ciertas riquezas para vos y vuestro amigo? Mirad que si el juicio se celebra, seguramente el tribunal os condenará a muerte.

Bruno: Agradezco santidad vuestra oferta, pero si hiciera lo que me pedís, dejaría de llamarme Giordano Bruno y mis amigos y seguidores dejarían de serlo y hacerlo. Creedme santidad. De ninguna forma puedo declarar tal cosa, aunque lo que podéis considerar obstinación mía me lleve inexorablemente al tormento y a una muerte terrible.

Clemente: Antes de tomar una decisión tan grave, deberíais tomaros un tiempo para reflexionar.

Bruno: Creedme santidad: nunca cambiaré de opinión. Debéis entender que si lo hiciera se abriría un futuro donde la razón y la verdad perderían su valor convirtiéndose en mero objeto de subasta. El crimen y el genocidio quedarían justificados ante el juicio de la historia.

Clemente: Siempre habrá alguien que siente este precedente. No podréis mantener el mundo a salvo de la mentira y el crimen. Manteneos vos a salvo, al menos.

Bruno: Aún así. No quiero cargar yo con tanta responsabilidad.

Clemente: Alea jacta est, signore Bruno. Sois vos mismo quien os condenáis. El juicio comenzará en breve. Debo marcharme ya, más sabed que siempre estaréis en mi corazón como el ser más digno que haya conocido. Pero yo tampoco puedo hacer otra cosa. Adiós.

(Sale. Bruno se abraza a Valerio.)

Valerio: ¡El Papa es un corrupto!

Bruno: Ningún mediocre que detente el poder puede evitarlo. El Papa, como has visto, tampoco. Pero ya se acabó la incertidumbre sobre el juicio.

Valerio: Ahora me siento aún más cerca de ti. ¡Qué diferente sería el mundo si todos fuéramos como tú eres!

Bruno: Bien es verdad que han preparado bien su caso.

Valerio: A pesar de ello no entiendo la razón de su tardanza en montar el juicio.

Bruno: No se, no se. El caso es que pronto tendré que enfrentarme a la Inquisición y sus argucias. ¿Quién será ese nuevo defensor que ha nombrado Clemente? No conozco su nombre pero sí lo que hará: colaborará como un fiscal más en la búsqueda de mi herejía y condena. ¡Cuánto me gustaría que Hamed estuviera ahora con nosotros! ¿Qué podrá haberle pasado?

Valerio: ¿Comprendéis acaso ahora el motivo de la tardanza Giordano?

Bruno: ¿Qué puede importarnos ya?

Valerio: En según que casos, podría convertirse en una ayuda para ti. Si ya la conoces, dímela por favor.

Bruno: Podría hacerte daño.

Valerio: Aún así.

Bruno: Está bien, Valerio. Te diré lo que pienso sobre ello. En efecto, los clérigos y teólogos de la Inquisición han estudiado concienzudamente el contenido de mis libros y escritos; y Belarmino, que es posiblemente la inteligencia eclesiástica más clara de nuestra época, se habrá percatado de la irrefutable veracidad de mis ideas fundamentales. Ellos conocen, además, mi determinación por defenderlas, aún a costa del tormento y de mi propia vida. Así, Belarmino habrá pensado que el juicio inexorablemente habrá de conducir a mi condena a muerte. Pero tú mismo, Valerio, has descubierto que condenarme a mí por herejía es convertir a Dios en un hereje también. Si tú te has percatado de eso, también sin duda lo habrá hecho Belarmino quien, así mismo, habrá pensado que mi muerte convertiría a la propia Iglesia en una institución mentirosa y criminal a los ojos de la gente. Las nuevas generaciones podrían así convertirme en un mártir y, al mismo tiempo, se sentirían fuertemente atraídas por mis ideas verdaderas y, de esta forma, se revolverían contra una Iglesia culpable. Por consiguiente, aunque Belarmino no cree realmente en Dios ni le importaría convertirlo en hereje, él no quiere de ninguna manera que la Iglesia

sufra unos daños de consecuencias históricas. Había que encontrar pues otras acusaciones contra mí. Tú, querido Valerio, has sido el cebo que me ha puesto la Iglesia para buscar mi condena. Incluso ya tiene sus testigos que podrán sustentar una acusación de sodomía que dejaría intacto el prestigio de la Iglesia. Tal cosa tienen preparada por si no obtienen de mí la adjuración.

Valerio: ¿Desde cuando pensáis ésto?

Bruno: Lo sospeché desde el momento en el que Belarmino hizo que te vinieras a mi celda. Una persona tan malvada jamás hace algo así por compasión sino para su provecho.

Valerio: ¿Soy yo entonces la causa de tu perdición?

Bruno: No sufras querido Valerio. Estos años de amor contigo valen para mí más que mil años de vida sin ti. Además, si este plan les hubiera fallado, habrían encontrado otros caminos para condenarme sin poner en peligro la seguridad de su sangrienta Iglesia. Yo elegí estar contigo. Nada mejor podría haber hecho pues contigo he sido muy feliz. Ojalá hubieran tardado más en convocar el juicio.

Valerio: ¡Signore, signore!

Bruno: Amémonos una vez más Valerio. El futuro sólo se confirma cuando se convierte en presente y tus lágrimas de ahora únicamente desmienten injustamente la necesaria incertidumbre del destino. Convierte tus lágrimas en la alegría que yo necesito, querido niño.

(Llaman a la puerta. Un guardián entrega un papel a Bruno. Luego sale dejando caer otro papel arrugado.)

Bruno *(Leyendo en el documento):* El juicio empezará en dos días.

Valerio *(Recoge el papel arrugado y lo lee):* ¡Es de Hamed signore! Al fin buenas noticias.

Bruno: ¿Qué dice?

Valerio *(Lee):* “Mis estudios laboriosos sobre teología, mi conocimiento de tus ideas y el cambio operado en mi aspecto han hecho finalmente de mí un teólogo de la Inquisición que ha sido considerado apto para realizar la tarea de defensor en el juicio que pronto se celebrará contra ti. Allí nos veremos. ¡Ánimo y confianza, amigo mío!”

Bruno: ¡Oh mi querido Hamed! Musulmán convertido en campanero por amistad. ¡Oh moro bueno y fiel! ¿Cómo has podido cambiar tanto tu vida por intentar la salvación de lo insalvable? Nada podrá impedir tu fracaso y lo que más temo es que luego, al verte sólo, atentes contra tu vida y que de los tres que una vez fuimos, no quede nada.

Valerio: Quizá te equivoques pues siempre quedaréis en mi alma. Ven conmigo ahora. Aprovechemos el poco tiempo que nos queda hasta que comience el juicio.

(Telón.)

Acto IV

Juicio a Bruno ante el tribunal de la inquisición. Protagonistas: Belarmino, el Papa, el Defensor Hamed, Bruno y tres frailes anónimos y silenciosos que a veces corean en el discurrir de los diálogos. Bruno reconoce pequeños errores pero se reafirma en lo fundamental de sus creencias. Belarmino lo amenaza con la muerte. Hamed reconduce la defensa separando los aspectos científicos y filosóficos de los teológicos, añadiendo que nada de lo que sostiene Bruno se refiere a la teología. Belarmino rechaza esta estrategia e insta a Bruno a abjurar de todas sus creencias. El Papa interroga directamente a Bruno. Bruno se mantiene firme y el Papa lo condenan a cortarle la lengua y quemarlo vivo en el Campo de' Fiori.

Acto IV

Cuadro Único

(Sala de juicios del tribunal de la Inquisición. A un lado, los miembros del tribunal presidido por el cardenal Belarmino y compuesto, además, por el defensor Hamed y tres frailes encapuchados. Al otro, sentado en una banqueta, Giordano Bruno.)

Belarmino: Hemos oído ya vuestra retractación sobre algunas cuestiones menores que se refieren a la Santa Madre Iglesia y a su culto. Tales cuestiones no podrían haber implicado un castigo mayor que significara vuestra destrucción. Si lo podrán hacer, sin embargo, las ocho cuestiones que ahora consideraremos pues son de mucha gravedad y se refieren a puntos esenciales de la teología. Así pues, piénsese muy bien signore Bruno las respuestas con las que replique a las preguntas y

comentarios que le haremos a partir de este momento. De ellas dependerá su vida y, lo que es más importante, la salvación de su alma.

Hamed: El pensamiento humano sobre la naturaleza tiene sus límites. Así como nuestra vista es incapaz de ver lo desmesuradamente grande y lo extremadamente diminuto o como nuestro oído no puede detectar ciertos sonidos por su agudeza o gravedad, la mente nada puede visualizar respecto a los fenómenos naturales sobre los que nuestros sentidos no ofrecen experiencia alguna. Existe, por otra parte, un amplio espacio en la naturaleza del mundo respecto al cual las escrituras y la revelación guardan silencio y del que una parte no posee ningún soporte empírico. Todas las especulaciones de Giordano Bruno sobre asuntos de esta naturaleza no pueden ser objeto de juicio ni mucho menos de retractación o condena al no contravenir por propia definición la revelación o los mandatos de la Iglesia.

Friles (*Pateando y silbando*): Más aún así nada podrá salvarlo.

Belarmino: En cualquier caso esta sesión del santo tribunal va a considerar de nuevo estas cuestiones. ¿Os encontráis en pleno uso de vuestras facultades signore Bruno?

Bruno: Sí. Lo estoy.

Belarmino: Pues comencemos entonces el interrogatorio sin más dilación. (*Señalando a uno de los frailes*) Leed pues la primera de las cuestiones.

Fraile 1 (*Lee*): “En el tratado de Copérnico titulado “Las Revoluciones de los Mundos Celestes” se mantiene la idea herética de que la Tierra no es el eje del Universo. En varias de vuestras obras y declaraciones no sólo se apoya esta idea sino que se va más lejos aún al afirmar que verdaderamente no existe un centro en el Universo. Como sin duda sabéis, estas opiniones son contrarias a las que mantienen todos los teólogos y contradicen a Aristóteles y los escolásticos. La ausencia de un centro del universo sólo es compatible con la negación de la existencia de Dios. Vuestra herejía es más abyecta aún que la del pretendido sabio polaco.”

Belarmino: ¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa?

Bruno: Eminencia, los movimientos aparentes del Sol y las estrellas sólo pueden explicarse admitiendo el doble movimiento de rotación y traslación de la Tierra alrededor del Sol. Es cuestión de lo que se observa no de lo que se piensa. Signore, es como si Aristóteles sostuviera que una mosca tiene cuatro patas y yo las cuento y veo que son seis. ¿Debo eminencia mantener que son cuatro ateniéndome al prestigio del sabio griego y a la opinión de los tomistas? En cuanto a la ausencia de un centro en el universo, ¿no creéis que si el universo es obra entera de Dios, todo en él será igual de importante, no habiendo una parte que por central sea de mayor mérito?

Belarmino: Existen razones por encima de las empíricas y de las apariencias. Somos seres contingentes y como tales necesitamos de la revelación para aspirar a conocer la verdad, no del concurso de nuestros pobres sentidos y de los números.

Bruno: ¿Forma Aristóteles parte acaso del legado de la revelación?

Belarmino: No añadáis Bruno más tentáculos a vuestra herejía.

(*Los Frailes jalean a Belarmino y amenazan a Bruno.*)

Hamed: Conviene monseñor separar claramente las verdades y enseñanzas morales y teológicas de las que tienen tan sólo un valor astronómico. Juzgad a Bruno por sus opiniones sobre la religión no por sus afirmaciones de naturaleza científica o filosófica. Eminencia, el signore Bruno se ha retractado ya de las acusaciones aducidas por este tribunal y por otros anteriores respecto a sus opiniones sobre la naturaleza de Dios. Dejemos la ciencia y la filosofía en manos de los sabios y no contaminemos los altos designios del Creador con cuestiones de opinión.

Belarmino: Señor defensor, cuidado vuestro lenguaje pues a veces parecéis bordear los límites de la herejía vos también. No os excedáis signore en vuestra intención defensora pues podéis animar al acusado en su defensa de la herejía y así volver vuestra intención en su contra.

(*Los Frailes amenazan a Hamed y a Bruno.*)

Y en cuanto a vos, Giordano, ¿Pretendéis acaso convencer al defensor de este santo oficio con vuestra herética y vana concepción de que la filosofía y las ciencias naturales no deben conformarse a la teología? ¿Decís que esta ciencia y por tanto Dios no rigen el mundo del pensamiento y la naturaleza muerta y viviente?

Hamed: Nuestra línea de defensa tiene naturaleza jurídica y se conforma a derecho. No parece monseñor adecuado introducir contradicciones teológicas en nuestro debate.

Bruno: Dios es el mundo, eminencia. Nada hay en este ajeno a aquél ni en aquél ajeno a este.

Belarmino: Os acusáis vos mismo con una nueva herejía. Esta está también incluida en el legajo de vuestras desviaciones. Pues bien, como nuestra primera acusación está ya debatida suficientemente, podemos pasar a esta. Leed signore secretario.

Fraile 1 (Lee): “En vuestra obra Sobre el Universo Infinito y Otros Mundos sostenéis que el Universo es infinito y está surcado por innumerables mundos similares al nuestro. Esta opinión es manifiestamente herética pues atenta directamente contra la creación Divina. En dicha obra sugerís además que las humanas criaturas, las cuales son obra también de Dios, aparecen como minúsculas motas de polvo en medio del torbellino de mundos y universos, en la inmensidad infinita de la creación. Esta opinión vuestra es, por inédita y contrapuesta a la Biblia, manifiestamente herética también. En defensa de la misma habéis añadido además la que este tribunal considera vuestro mayor pecado de soberbia: Que el infinito universo es el mismo Dios.”

Belarmino: Muy grave es esta acusación. Necesita una retractación inmediata si queréis mantener alguna esperanza de salvaros.

Hamed: Solicito permiso para decir que el uso de la palabra “Dios” es a veces simbólico en la obra de Giordano. Habría que entender en su lugar algo así como naturaleza o universo. Insisto eminencia en la necesidad de separar las cuestiones teológicas de las puramente filosóficas o científicas en este juicio.

Belarmino: Es esta una pretensión demasiado osada. La Biblia de Dios y la del Mundo están sabiamente intrincadas por el Creador mismo y el intentar separarlas representa minimizar la obra de Dios. Dios debe ser infinitamente más que el universo. Vuestra línea de defensa es herética signore defensor.

Bruno: El indemostrado principio que venís aduciendo signore Belarmino permitiría mandar a la hoguera hasta a los niños por sus primeros balbuceos; cuanto más a mí contra quien parece tenéis tantos cargos históricos. Si Dios es acto puro, nada debe existir en él que sea puro pensamiento, sin el reflejo de lo creado. Así, si Dios no es su propia creación, Dios simplemente no podría existir. La separación entre un gran Creador en acto puro y su obra eliminaría al Creador o a su Obra y pues esta última es evidente, su razonamiento eminencia nos dejaría sin Dios. Vos seríais el que negara su existencia.

Belarmino: ¿Os atrevéis a acusarme? ¿Acusáis a la Iglesia y a la Biblia de herejía? ¿Gran Dios este tribunal jamás ha visto tamaña osadía! La pasaré no obstante por alto si abjuráis ahora mismo de vuestro indecente error. ¡Hacedlo Bruno, hacedlo o nada podrá salvaros!

(Los Frailes se levantan de la mesa y van a agredir a Bruno. Belarmino los retiene y vuelven a sus asientos murmurando.)

Hamed: Ruego a su eminencia controle a estos frailes. Un juicio de esta envergadura debería estar regido por la continencia y la razón.

Bruno: La verdad escuece a los brutos que no la practican. Yo no puedo revolverme en contra de lo que es verdadero pues sería tanto como actuar en contra de Dios mismo.

Belarmino: Admito que vuestro razonamiento puede ser irrefutable a los ojos humanos. Pero son los ojos de la revelación los que han de dictar qué es o qué no es verdad. Abjurad de vuestros errores, signore Bruno. Yo os lo ruego.

(Los Frailes se revuelven y murmuran. Belarmino los manda callar.)

Bruno: Las normas de la Iglesia establecen en realidad un procedimiento que permite gobernar a los ignorantes. Vos, signore Belarmino sois sin duda de los que, por medio de la filosofía, pueden gobernarse a sí mismo y gobernar también a otros hombres. Tenéis que respetar la verdad.

(Los frailes de nuevo murmuran y amenazan a Bruno y a Hamed.)

Belarmino: ¿Queréis decir que la filosofía está por encima de la teología?

Bruno: Lo que quiero decir es que la verdad está por sobre todas las cosas y que Dios y sus ministros no pueden supeditar la verdad a ninguna otra consideración. La verdad es la luz que ilumina la creación y la Divinidad misma; la luz que nos libera a todos de las tinieblas de la ignorancia.

Belarmino: Nada queda por hacer en vuestro beneficio sobre este punto. Vuestra rebeldía contra la verdad teológica es manifiesta. Pasemos al punto siguiente señor secretario.

Hamed: Con vuestro permiso, antes de continuar con el proceso, quisiera insistir monseñor Belarmino en que reconsidere su rechazo a nuestra línea de defensa. Yo pienso que su aceptación permitiría abreviar el juicio y la subsiguiente absolución de Giordano sería lo que más interesara a la Iglesia.

Belarmino: Es vuestra obligación defender al acusado. Pero no os excedáis en este empeño pues podría llegar un momento en el que vos mismo corrierais grave peligro. *(En voz baja a Hamed)* Dejad que discurra el juicio y veremos si al final podemos llegar a un acuerdo que nos convenga a todos. *(Dirigiéndose a los Frailes)* Lea el secretario.

Fraile 1 (*Lee*): “En el escrito obra del acusado “De la Causa, Principio y Uno” así como en numerosas alocuciones tuyas se mantiene la extraña y dudosa idea de que existe una forma final abstracta que sustenta toda sustancia, sea esta material, espiritual o formal. El contenido herético de esta suposición reside en implicar una estructura granulosa para el sumo hacedor que sería común con la que tiene cualquier animal inmundo”.

Belarmino: ¿Alguna consideración que objetar para evitar esta herejía?

Bruno: Ninguna eminencia, ya que rehúso ensuciar la verdad que defiendo con una contradicción; pues contradicción sería rechazar el contenido de esta acusación habiendo defendido el de la anterior. El universo es Dios y Dios es el universo: ambos perfectos e infinitos.

Belarmino: ¿No os defenderéis pues de esta acusación?

Hamed: El acusado ha contestado ya muchas veces a todas las acusaciones. Parece como si las razones que él ha reiterado tantas veces no tuvieran el menor efecto en los fiscales.

Bruno: Y no lo tiene. Este juicio es una farsa. Mi suplicio en la hoguera será parte del Año Santo y no tienen la menor intención de alterar el programa. Mi muerte está decidida desde hace mucho tiempo. No creáis que yo ignoro que el mismo Papa Clemente VIII ha declarado ya heréticas ocho proposiciones contenidas en mis libros y me ha condenado a la hoguera como hereje pertinaz.

Fraile 2: ¡Está negando la autoridad de este santo tribunal!

Fraile 3: ¡Es un hereje malvado! (*Se levanta y antes que Hamed o Belarmino puedan intervenir, golpea a Bruno que cae al suelo.*)

Hamed: ¡Maldito fraile endemoniado! No os resultan suficientes las amenazas, la tortura y la condena. Deseáis ser el verdugo vos mismo también. (*Retuerce el brazo del Fraile 3 y lo conduce dando gritos hasta su escaño.*)

Belarmino: ¡Que haya orden en la audiencia! Que cada uno ocupe su sitio y se mantenga en silencio. ¿Estáis en condiciones de continuar signore Bruno? (*Bruno asiente con la cabeza*) Lea pues el secretario la siguiente acusación.

Fraile 1 (*Lee*): “Numerosos testigos y antiguos legajos de la Iglesia atestiguan que Giordano Bruno ha propuesto muchas veces que todas las religiones han de convivir pacíficamente, aceptando sus matices distintivos y diversidades. Estas afirmaciones hicieron que la iglesia luterana lo excomulgara y niegan sin duda el derecho cristiano de evangelizar a los infieles o someterlos preventivamente por medio de la fuerza. Esta es de nuevo acusación de herejía.”

Bruno: Me alegro de servir como motivo de acuerdo entre las iglesias cristianas. Claro que este acuerdo nada me conviene. Aquellos priores luteranos afirmaron no encontrar en mí señal alguna de religión. Según ellos yo no soy más que un escritor iluminado y herético empeñado en imaginar quiméricas novedades.

Belarmino: Hoy es el último día de este juicio. Al caer la tarde se dictará sentencia. Es la última oportunidad que tendréis de defenderos signore Bruno. ¿Persistís en mantener vuestra actitud irónica y pasiva?

Bruno: Signore yo conozco vuestros planes. Como vos sabéis, acostumbro usar la razón y en verdad que he tenido mucho tiempo para pensar sobre vuestros objetivos y estrategias. Vos habéis estudiado mi obra minuciosamente y habéis concluido sin duda, pues gozáis de un muy brillante intelecto, que mis razonamientos resisten cualquier objeción. Sabéis señor que condenar mis libros es tanto como declarar hereje al mismo Dios y teméis las consecuencias que pueda tener mi sacrificio en el futuro inmediato de la Iglesia. Puede que la siguiente generación acepte la verdad de mis escritos y se revuelva en contra de la Iglesia llevando un símbolo como estandarte: el mártir Giordano Bruno. Y pues para vosotros la Iglesia está por sobre la misma idea de Dios, no permitiréis mi condena por causa de las acusaciones que ha leído el fraile secretario. Guardáis aún una última acusación contra mí, por la que finalmente conseguiréis mi suplicio.

Belarmino: Sin duda sois muy inteligente y sabéis emplear la razón Giordano Bruno. Pero lo sois mucho más cuando os empleáis en asuntos que atañen al conocimiento del universo, su origen y composición, más que cuando os figuráis la estrategia de los eclesiásticos. Vuestro razonamiento es perfecto, pero la valoración que hacéis de vuestra obra se queda corta, muy corta.

Hamed: De lo que se concluye que aceptáis eminencia las razones que aducimos.

(*Los Frailes se remueven inquietos y murmuran indignados.*)

Belarmino (*Ríe*): De ninguna manera signore defensor. Lo que en verdad se sigue de lo que acabo de decir es que pasará mucho tiempo, siglos o acaso milenios, antes de que aparezcan sobre la Tierra generaciones de hombres capaces de apreciar vuestras ideas y, por tanto, de hacer una revolución contra la Iglesia. Mucho tiempo, signore, para que nosotros sintamos algún temor. Tanto que vos o, al menos, vuestro perfecto pensamiento revolucionario, habréis sido olvidado y la Iglesia podrá

sentirse segura incluso allá por los siglos XX o XXI, o quizá más todavía en el futuro. Por lo tanto, admirado señor Giordano Bruno, podréis ver que para defender a mi Iglesia es preciso que os haga abjurar o, y esto, bien no quisiera, os condene a la hoguera. No tenemos signore otra alternativa.

Hamed: ¡Abjurad Bruno! ¡Al menos así preservaréis la vida!

Bruno: No ha de ser así de ninguna manera. He intentado demostrar - y por lo que veo con éxito al menos con vos, eminencia - que mis teorías no son incompatibles con la visión de Dios y del mundo que tiene vuestra Iglesia. Pero he cambiado de opinión. Me he pasado media vida retractándome; más ahora quiero renunciar a la otra media para sostener libremente lo que pienso. Quizá os equivoquéis Belarmino y mis ideas tendrán más credibilidad entre las gentes si ven que el que las alumbró al mundo es capaz de dar su vida por ellas.

Hamed (*Desesperado*): Señor, nos matáis a ambos.

Belarmino: Estaremos de acuerdo en que a partir de este momento sería superfluo continuar debatiendo sobre otras afirmaciones vuestras.

Fraile 3: Es preceptivo que yo lea los contenidos de las ocho herejías de Bruno.

Belarmino: No seáis estúpido monseñor.

(Entra el Papa Clemente VIII con paso firme. Hamed y Belarmino se ponen en pie y los tres Frailes se arrodillan, mientras Bruno permanece sentado.)

Clemente: (*A Belarmino*) No es necesario que me informéis. Lo he oído todo. Ahora ya sólo nos quedan tres acciones que cumplir.

Belarmino: ¿Tres acciones santidad? Creo que ya sólo cumple que Bruno se reafirme en sus herejías y dictar después la correspondiente sentencia.

Clemente: No monseñor. Antes también he de ofrecer a Bruno una última oportunidad de salvación, una que no implica ninguna renuncia por su parte.

Belarmino: ¡Santidad!

(Los Frailes gritan y se agitan.)

Clemente: Señor Giordano Bruno, ¿estáis dispuesto a abjurar de todas vuestras herejías, rechazándolas y jurando predicar contra ellas? ¿O por el contrario, os reafirmáis en su maligno contenido?

Bruno: Todos los que estáis en esta sala sois testigos y por tales os tomo de que públicamente me reafirmo y acomodo en todas y cada una de las razones, ideas y opiniones que, referidas a la constitución y filosofía del universo y a los objetos en el distribuidos, están contenidas en mis libros, escritos y disertaciones.

Belarmino: ¿Sin la menor duda?

Bruno: Sin duda alguna.

Clemente: Pues esto es así, quiero Bruno ofrecerte una última oportunidad de salvar tu vida y quedar libre de toda mancha de herejía. En realidad ya la conocéis. Si admitís que el Papa, como representante de Dios en el universo, tiene autoridad sobre toda criatura viva y, por tanto, sobre el universo y cualquiera de las formas que lo componen, quedaríais liberado de toda otra acusación, con tal de que declararais esta verdad públicamente. ¿Qué respondéis?

Bruno: Mi respuesta ya la conocéis. En el corto espacio que me quede de vida no tendré otro afán que defender la patria de la verdad y lo que me pedís no forma parte de ese país imaginario.

Clemente: Habréis de saber entonces que a las ocho causas de herejía que sobre vos pesan, yo añadiré el pecado nefando y abominable de la sodomía que no podéis negar pues hay testigos de vuestra relación con el joven Valerio.

Belarmino: Santidad, no se si deberíamos...

Hamed: Ay qué terrible destino.

Bruno: Ya me tardaba esta acusación que no puedo ni deseo negar.

Clemente: Póngase en pie pues el hereje y así hagan también todos los presentes. Voy a dictar la final sentencia.

(Todos se ponen en pie. Hamed no deja de llorar.)

Clemente: Pues el acusado no ha dado a lo largo de este juicio señal alguna de arrepentimiento o rechazo de cualquiera de las probadas ocho herejías contenidas en sus libros y escritos y vertidas en sus orales opiniones, así como por su nefando pecado de sodomía, nos el Papa Clemente VIII y el presente tribunal de la Inquisición venimos en dictar de forma inapelable la siguiente sentencia: que el llamado Giordano el Nolano, de nombre en el bautismo Filippo Bruno, nacido en Nola, en el reino de Nápoles, hace unos cincuenta años, es sentenciado por el daño y obstinación en las dichas herejías y pecado a morir quemado en una hoguera de maderas verdes, que formará pira en el Campo de' Fiori de esta ciudad de Roma, en el plazo de nueve días. Por no darle la oportunidad de difundir más sus errores se le cortará además la lengua antes de partir de su prisión para su final destrucción. En el nombre de Dios y de su Santa Iglesia. Amen.

Belarmino: ¿Tenéis Giordano algo que añadir?

Bruno: Sólo esto: Me condenáis a una muerte horrible. Mejor dicho son vuestra maldad y vesania las que me condenan. Quizá por ello sea que al imponerme este terrible veredicto yo veo en vuestros ojos un miedo mayor que el que yo siento al conocerlo.

(Uno de los Frailes hace sonar una campanilla. Entran dos guardianes que arrastran a Bruno fuera. Les siguen un orgulloso Clemente, un abatido Belarmino y los tres Frailes que van muy contentos. Hamed queda llorando en su escaño. Telón)

Acto V

Celda en la víspera de la ejecución. Bruno y Valerio. Hablan. Llega Mocenigo arrepentido y desconcertado. Se marcha luego cuando llega Hamed. Hamed habla del paraíso de los héroes musulmanes. Bruno tranquilo duda de este paraíso y conforta a sus amigos. Se marcha Hamed. Bruno y Valerio quedan solos. Hay una escena de amor homosexual mediterráneo.

ACTO V

Cuadro Único

(Celda de Bruno y Valerio. Al empezar están solos Bruno y Valerio. Día 16 de Febrero, víspera de la ejecución.)

Valerio: Si. Yo creo, querido amigo mío, que debemos sustraernos al maléfico influjo del espantoso día de mañana. No pienses Giordano en él. Quedan aún muchas horas.

Bruno: Yo siento un miedo razonable por la muerte. Tengo ya 52 años y quizás hubiera podido prolongar mi vida otros 20 años más si me hubiera sometido a la voluntad del tribunal de la Inquisición de la Iglesia Romana o del propio Papa, como ya lo he hecho otras veces antes. Pero tal cosa me hubiera obligado a admitir como verdaderos los errores y mentiras de los teólogos, pedirles perdón y solicitar su absolución. Y ¡no! Esta vez no. Ahora me mantendré firme en mis convicciones mientras un hálito de vida aliente en mí.

Valerio: Aunque tu dramática decisión me hará quererte todavía más y siempre la respetaré, perderte será demasiado duro para mí. Me dejará señor sin posibilidad de rehacer el curso de mi amor, pues no hay nadie en el mundo que pueda sustituirte. Siempre me quedará el recuerdo inmenso y querido de estos años. Aún sin nadie vivo al que poder amar, este recuerdo será mi norte y mi orgullo; bien es verdad que un helado norte y un tristísimo orgullo.

(Entra Hamed)

Hamed: Nada fue posible hacer. Se cumplió la advertencia de Rosana. Guardaos, dijo, de la razón de los hombres, de la verdad y de las flores.

Bruno: Buenas tardes querido Hamed. En efecto, la amarga razón de Belarmino y mi definitiva apuesta por defender la verdad me conducen de forma inexorable al tormento en el Campo de las Flores.

Hamed: Nos conducen, tendrías que decir, amigo mío. Nos conducen.

Bruno: Habrá una larga vida para vosotros después.

Hamed: Ya sin Rosana y sin ti, ¿qué puedo yo, moro de Granada, esperar? Apátrida ya por tres veces en mi triste existencia de expulsado de mi tierra, del amor y de la amistad. Más no temas por mí, amigo Bruno.

Valerio: Una larga y triste vida.

Hamed:

La desalentada historia de mi vida
Se ha llenado de nombres y apellidos,
De viejas puentes sobre los ríos.
Y cada puente tiene un nombre de batalla,
De territorio perdido.

Valerio: Una larga y triste vida por delante.

Bruno: ¡Vamos, vamos, amigos, arriba ese ánimo! Pues sois vosotros quienes debéis confortar mis horas postreras.

Hamed: Más ya todo el territorio está perdido.

Bruno: Eres Hamed muy joven todavía. El mundo sin duda te ofrecerá una patria y tal vez un amor. Tú, Valerio, no eres más que un niño. Vendrán a ti un nuevo palpar de vida, nuevas ilusiones. No dejéis, amigos, que el desánimo se adueñe de vosotros. Llorad por mi mañana; pero ahora todos debemos contener las lágrimas y sonreír, aunque sea muy tristemente.

(Llaman a la puerta. Esta se abre y aparece Mocenigo.)

Mocenigo: Giordano. Debéis perdonarme. Yo nunca pensé que unos días en la cárcel pudieran desencadenar tu definitiva ruina. Debéis perdonarme.

Hamed: ¡Mocenigo, cobarde maldito! ¡Cuánto daño ha producido tu locura! ¡Púdrete en las cavernas malolientes de tu memoria enferma! Tú mataste primero a mi Rosana, al alegre gorrioncillo que fue mi patria, y ahora matas también a mi amigo; hundes miserable la última isla de mi naufragio ¿Y aún te atreves impío demente a presentarte ante nosotros?

Mocenigo: Estaba muy enfermo y sólo quise retener a Giordano junto a mí. Lo demás fue obra del destino que tejió sus redes enemigas para producir vuestra desgracia.

Hamed *(Saca su daga y se lanza sobre Mocenigo):* ¡Debes morir! ¡Debes morir tú también!

(Bruno y Valerio se abrazan a Hamed, impidiéndole llevar a cabo su intención)

Bruno: ¡Demasiado está triunfando ya la muerte! Deja que él nos sobreviva ya que es este su deseo y nunca fue su verdadera intención destruirnos.

Valerio: Calmad vuestra furia, buen Hamed. Ya nada podrá devolveros a Rosana.

Hamed *(Debatiéndose):* El cobarde desencadena siempre la desgracia ajena. Dejadme amigos que acabe con esta alimaña aunque sólo sea para impedir que produzca más sufrimiento.

(El ruido producido por la acción de Hamed hace que entren dos guardias los cuales prenden a Hamed y se lo llevan fuera de la celda.)

Hamed *(Mientras es arrastrado fuera.)* Dejadme con mi amigo. Es a Mocenigo a quien deberíais llevar lejos del contacto de los humanos. Dejadme con mi amigo. Adiós Giordano. Pronto estaremos juntos.

(Otros dos guardias entran y se llevan a Mocenigo.)

Mocenigo: Perdóname Giordano. Yo nunca quise tu desgracia. Hamed tiene razón. Fueron mi cobardía y mi enfermedad las que me hicieron cometer tan terrible error.

(Salen.)

Valerio *(Asustado):* ¿Qué le harán a Hamed?

Bruno: Nada. Se limitarán a expulsarlo de la prisión. No olvides además que es abogado de la Inquisición. ¡Diablo de Hamed! No ha habido hombre más fiel y valiente que él. Tenías que haberlo visto en el juicio. En varias ocasiones temí no fuera acusado formalmente de herejía él también. Lo arriesgó todo, pero yo no le dejé alternativa.

Valerio: ¡Otra vez solos tú y yo!

Bruno: Si Valerio, pero la que ahora viene será mi última noche contigo. Y también mi última noche en este mundo.

(Telón)

Acto VI

Acto de fe en procesión de la Plaza Nabona hasta el Campo de' Fiori. Sermón de Belarmino y proclamación de la sentencia y ejecución Bruno en el poste en el Campo de' Fiori. Mudo. Los frailes amontonan ramas secas al pie del poste. El Cardenal Belarmino prende fuego a las ramas. Muere Bruno. Hamed lamenta la muerte de su amigo y la tragedia de su vida. Después se suicida.

Cuadro Único

(Campo de' Fiori. Una ferviente multitud rodea la plaza. En el centro, Bruno, con el rostro ensangrentado, está sentado en el suelo, custodiado por un verdugo. Por un lateral, aparece la procesión eclesiástica del Auto de Fe. Va encabezada por el Cardenal Belarmino mostrando en alto una gran cruz de madera. Le siguen los tres Frailes del tribunal y unos religiosos encapuchados que murmuran oraciones.)

Belarmino *(Al entrar en la plaza.):*

Por los que a la Iglesia riquezas y diezmos dan.

Todos:

Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

Belarmino:

Por los que se someten a su santa autoridad

Todos:

Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

Belarmino:

Por los que delatan la herética iniquidad.

Todos:

Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

Belarmino:

Por los que temen la justa furia del poder papal.

Todos:

Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

Belarmino:

Señor protege a estos peregrinos de la verdad.

Todos:

A los inmundos herejes, dales muerte sin piedad.

Belarmino:

Salud al Papa Clemente, larga vida a su hermandad.

Todos:

A los malditos herejes, dales muerte sin piedad.

Belarmino:

Danos fuerzas Dios eterno en la lucha contra el mal.

Todos:

A los inmundos herejes, dales muerte sin piedad.
Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;

Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

Belarmino:

Las llamas de las hogueras de este santo tribunal
Son la victoria terrena sobre el cabrito mortal.

Todos:

Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

(La procesión se detiene. Belarmino se dirige al centro de la plaza, junto a Bruno.)

Belarmino: Escuchad la voz de Dios que sale de mi boca. Escuchadla atentamente y ganaréis indulgencia del cielo por vuestros pecados. Dios bendice a todos los que en este campo estáis asistiendo al acto de fe de la santa madre Iglesia, a todos los que escucháis mi Divina palabra. Pero cuidado. Estad siempre alerta que Lucifer no se desalienta por la derrota de hoy. Retened para siempre en vuestras memorias las Divinas palabras que os digo. Pensad que mañana podéis ser vosotros los aliados del maligno. Estad alertas y ayudad ciegamente a la autoridad de Dios sobre la Tierra. No penséis hermanos y cuidad vuestras palabras sino queréis que mañana sea vuestra carne la que muerda el fuego de la justicia Divina. Recordad que es la voz de Dios la que sale de mi boca y que si hoy ganáis indulgencia, mañana puede ser el hierro candente y la tortura lo que ganéis. Dejad todo pensamiento sobre las cosas divinas a los padres de nuestra santísima Iglesia. Mirad que el peludo enemigo rojo está siempre al acecho y que, aprovechando vuestra ignorancia, penetra fácilmente en vuestras mentes para convertir en heréticas vuestras acciones y palabras, todo con el fin de ofender a su omnipresente enemigo y a la infalible Iglesia. Comprended que la herejía de hoy será terror mañana. No os convirtáis en inductores de odio contra la magna organización de Roma, pues este terror está condenado por Dios cuya inspiración nos ayuda a descubrirlo. Renunciad a todo pensamiento sobre la organización del mundo y el comportamiento de los ministros del Gran Hacedor, pues vuestras mentes son obtusas y erraréis fácilmente. *(Pausa.)* Amados siervos de Dios es la palabra Divina la que sale de mi boca y esta palabra os dice: Amad a vuestra Iglesia y odiad al herético enemigo que se esconde entre vosotros. Dios ha sido hoy indulgente con sus siervos reunidos en este Campo de las Flores. Estad por ello contentos y alertas.

Todos los presentes:

Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.
Aplaca Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, misericordia Señor.

Belarmino: Esperando el fuego purificador está hoy aquí Filippo Bruno, el Nolano, más conocido por el nombre de Giordano el Hereje. El tribunal de la Santa Inquisición ha juzgado sus muchas y graves herejías contra la Naturaleza de Dios, la configuración Divina del Mundo y el Poder de la Santa Iglesia romana. Todas ellas han sido confirmadas por el alto tribunal. Este terrible hereje se ha reafirmado en las mismas y por ello ha sido condenado a morir en la estaca, consumido por el fuego purificador, en este día de hoy, 17 de Febrero de 1600. Declaro pues abierto el tormento de Giordano Bruno. Enciendan pues el fuego de su merecido sacrificio y manténganlo hasta que toda la carne del hereje se consuma y echen después sus huesos a los perros. Tomen todos los presentes ejemplo en el castigo de Bruno. Amen.

Todos:

Aviva Señor tu enojo, tu justicia y tu rigor;
Dios de la Vida y la Muerte, se vengativo Señor.
Enciende Señor tu odio, tu venganza y su dolor;
Dulce Señor de la Muerte, libranos de su terror.

(Los tres Frailes y guardias del Vaticano encadenan a Bruno a la estaca. Luego lo cubren con maderas y ramas verdes hasta el pecho. Mientras, le conminan con insultos y admoniciones.)

Fraile 1: ¡Renuncia a tus herejías maldito aliado del diablo!

Fraile 2: ¡Abjura de tus viciosas consignas y pecados!

Fraile 3: ¡Abjura del diablo tu señor y aún podrás tener una muerte más digna!

Fraile 1: ¡El comunismo de tus mundos ha sido vencido por la santa autoridad del orden de la Iglesia! ¡El fuego impedirá que veamos tu pecaminosa sangre roja! ¡Abjura maldito hereje! ¡Admite tu herejía aterradora!

Fraile 2: ¿Por qué callas? Si no tienes ya lengua, asiente con los ojos. No hagas más daño con tu obstinación. ¡Abjura y muere después más dignamente!

Fraile 3: ¡Indícanos hereje tu arrepentimiento o muere sin remisión como por tus pecados te mereces!

Belarmino: ¡Oh, nolano autoinmolado en la pira! No creas que tu sacrificio sembrará el terror en nuestra iglesia.

(El Fraile 3 enciende la hoguera.)

Fraile 3: Arde pues en esta antesala del Infierno, terrorista del espíritu

Fraile 1: ¡Ve al infierno!

Fraile 2: A él llegarás sabiendo cuál será el eterno tormento de tu cuerpo.

Fraile 3: Más pronto descubrirás maldito que aún peor será el sufrimiento que dará el averno a tu alma. ¡Muere ya! ¡Que estas llaman purifiquen el mundo!

Frailes 1, 2 y 3: ¡Qué las llamas de esta pira purifiquen el mundo! ¡Ve al infierno hereje maldito!

(Las llamas alcanzan rápidamente el rostro de Bruno que desaparece.)

Belarmino: Ya se consumó el castigo. Vuelva entonces la santa procesión a su Iglesia.

(Rápidamente se organiza la procesión compuesta por Belarmino, mostrando de nuevo la gran cruz de madera, los tres Frailes y diez encapuchados que rezan entre dientes. Todos, menos Hamed, abandonan la escena.)

Hamed: Aún ardes amigo mío, más ya abandonó la vida tu martirizado cuerpo.

(Pausa. Hamed llora al pie de la hoguera.)

Hamed:

Con los fríos de Febrero te han llevado
A un campo de dalias y lirios y de rosas.
Separada tu lengua, abeja y mariposa,
de tu triste corazón de loco enamorado.

Camposanto de' Roma, Campo de' Fiori;
Por un aire de fuego van mis amores.

¡Oh flores ocultas por tu sombra!
¡Oh triste procesión de Vaticano!
¡Oh furor de Papa enajenado!
¡eco oscuro de libertad sonora!

Camposanto de' Roma, Campo de' Fiori;
Antorcha que arde, fuego de cobre.

Y a la atardecida fría y silenciosa,
de un futuro sin duda equivocado,
en la neblina espesa han vislumbrado
la imagen triste de tu mirada hermosa.

Camposanto de' Roma, Campo sin flores;
Cosecha baldía, agua salobre.

Ay, ya sin luz, sin venidera aurora;
Sin dirección ni amores exaltados.
Mi mente y yo solos nos quedamos
A merced de la voracidad de las raposas.

Y si vamos a tu casa no llegamos:
Ya perdidas las sendas amorosas,
Las frondas se resisten silenciosas
A los dictámenes de sus nuevos amos.

Camposanto de' Roma, luna de horrores;
Campo de la victoria de los mediocres.

Quién fuera mujer y enamorarse
De tu perfil dudoso, tu tenue cuello,
De tu mente certera, tus ojos bellos.

Darse a tu valor, a la verdad entregarse.

Más pues soy varón yo seré al menos
El primer caído en la guerra que hoy empieza
Entre las huestes del olvido, la pereza
Y el adalid más grande del recuerdo.

Camposanto de Roma, campo de muerte;
Fosa de fuego, alma perdida e inerte.

¡Ay Campo del Príncipe, Campo de' Fiori!
El mar está lejos, cerca los montes.

De Venecia y de Roma ya voy sin amores
Por el blanco y el negro y el azul salobre.
Si buscaran en mí, Luna, sol y cobre,
No me encontrarían entre los balcones.
Buscadme en los campos del Rey y las flores:
Seda, grito y muerte, en el corazón del bosque.

(Hamed besa los huesos descubiertos de un pie de Bruno.)

Hamed *(De rodillas.):*

Tres amigos eran tres:
Bruno, Rosana y Hamed
Amor de los dos por Bruno
De Rosana por Hamed.
Tres amores fueron uno:
Amor de Hamed por Bruno
Y de Bruno por Hamed.
Ayer uno, antes tres.
Y en este campo de flores
Tres amores son ninguno:
Hoy ninguno, tres ayer.
Sin Rosana, muerto Bruno
Ya solo alienta Hamed.
Más ya sin amor el moro
Ha decidido no ver
Del sol el radiante oro
Del siguiente amanecer.

(Saca su daga y se la hunde en el corazón.)

Esta vertiente de inconsolable llanto.
Este azud eterno de la murmurosa noche.

(Muere. Telón.)

FIN DE "GIORDANO BRUNO"

Pedro F. González Díaz

Madrid, Sábado Santo de 2005